

CAPÍTULO
QUERREAU, A.,
El feudalismo, un horizonte teórico.
 Barcelona, 1984,
 (París, 1980),

EL FEUDALISMO EN EL SIGLO XX

Les démons du hasard selon
 Le chant du firmament nous mènent
 A sons perdus leurs violons
 Font danser notre race humaine
 Sur la descente à reculons

APOLLINAIRE, 1913

Los oficiales varicinan. Los profesores
 aflian la pluma.

MAURICE MERLEAU-PONTY, julio 1958

Tratándose de estudios históricos en Francia, el siglo xx se abre bajo los siniestros auspicios de la *Histoire de France* (1900-1912) dirigida por Ernest Lavisse (1842-1922). El capítulo de Charles Pils-ter «Los orígenes del régimen feudal» (II, primera parte, pp. 414-439) es muy pobre y nada inteligente. No se puede sin embargo decir lo mismo del primer libro del siguiente volumen (II, segunda parte) dedicado a «El feudalismo y la Iglesia en el siglo XI», por Achille Luchaire (pp. 3-201). El aspecto más destacable del texto radica en la evidente voluntad del autor de integrar en un todo a señores, campesinos, burgueses, clérigos y realeza; añade además capítulos sobre la lengua y la literatura, el arte y el pensamiento. Pero Luchaire parece ignorar la existencia de la actividad económica; no muestra tentativa alguna de articular, por poco que sea, las posiciones de los diversos grupos sociales de que trata. Luchaire se ha abstenido por completo del menor desarrollo abstracto o de método. El fondo de su pensamiento se evidencia únicamente en el que dedica a Abelardo

(páginas 377-383): lo que generalmente se denomina ideología de la Tercera República, de la cual el manual colectivo de Lavisse fue precisamente uno de sus más sólidos pilares. En este punto, ni la relativa amplitud de miras de Luchaire consigue ocultar la muy profunda degradación intelectual que separa el Lavisse del siempre artículo de Charles Morret, por no hablar evidentemente de Fustel o de Flach.

La primera guerra mundial agravó el marasmo en que se ahogaba la reflexión histórica. El período de entreguerras fue de una seguía asfixiante. No entraré en demasiados detalles, me limitaré a recordar la pléyade de *chartistes* que dominaron esa época: Paul Guilhaume (1860-1922), Alfred Coville (1860-1942), Charles Victor Langlois (1863-1929), Gustave Dupont-Ferrier (1865-1956), Ferdinand Lot (1866-1952), Charles Petit-Dutaillis (1868-1941), Joseph Calmette (1873-1952), Louis Halphen (1880-1950).

Para intentar mostrar en el mínimo posible de páginas un panorama de la situación actual, empezaré por analizar las tres obras que sirven hoy de referencia constante a los medievalistas franceses: *La société féodale*, de Marc Bloch, *Qu'est-ce que la féodalité?*, de F. L. Ganshof, y *Seigneurie et féodalité*, de Robert Boutruche. Intenté luego mostrar las ideas que pueden extraerse de una quincena de obras (o grupos de obras) que representan las tentativas recientes, originales y más o menos ahogadas por el silencio institucional.

MARC BLOCH

A decir verdad, siento cierto reparo al verme obligado a precisar lo que pienso sobre *La société féodale* (1939-1940), de Marc Bloch, puesto que a nadie escapan el coraje y la determinación mostrados por su autor en sus más que peligrosas posturas científicas y políticas; por desgracia, el balance que se impone es más bien el de un fracaso, al menos por lo que concierne a la tentativa de proporcionar «el análisis y la explicación de una estructura social con sus vínculos» (ed. de 1967, p. 16). La introducción define, en efecto, un objetivo claramente distinto a las prácticas de los años treinta. Marc Bloch se interroga sobre el sentido real que conviene dar a la palabra «feudalismo»:

Es lícito dudar de que un tipo de organización social muy compleja pueda ser calificada sin problemas, sea por su aspecto exclusivamente político, sea, si se toma el «feudo» con todo el rigor de su acepción jurídica, por una forma de derecho real, entre otros muchos ... En su uso corriente actual, «feudalismo» y «sociedad feudal» cubren un conjunto imbricado de usos en el cual el feudo propiamente dicho ha dejado de ocupar el primer plano. Mientras el historiador trate esas expresiones simplemente como la etiqueta, previamente pegada, de un contenido que queda por definir, puede hacerlas suyas sin más remordimientos que los del físico que, despreciando el griego, persiste en denominar «átomo» una realidad que no deja de dividirse (p. 13).

Y también sobre el sentido de la oposición del término «feudal» tal como lo empleaban los juristas de los siglos XVII y XVIII y del mismo término en el sentido que tiene desde Boulainvilliers, caracterizando un momento de una «nueva clasificación histórica» fundada «en la observación de los fenómenos sociales» (p. 12).

A la vista de semejante ambición, está claro que la obra de Marc Bloch debería haberse titulado «Descripción de la aristocracia y del poder laicos en Europa del siglo XI al XII». Ese análisis de un grupo social importante sobre una escala tan vasta fue y sigue siendo, evidentemente, un modelo de su género. Partes como «Las condiciones de vida y el ambiente mental» (pp. 97-179) y «Los vínculos de sangre» (pp. 183-208) siguen constituyendo puntos de referencia. Tampoco pueden negarse los esfuerzos por distinguir con más claridad las situaciones de país a país y para poner en evidencia diversas evoluciones. Por el contrario, hay que subrayar sin ambages dos limitaciones: la ausencia de otras categorías sociales, y la de cualquier análisis económico; dos limitaciones cuya consecuencia ineludible es la imposibilidad de hacer emerger ningún tipo de dinámica social y de elevarse por encima de la simple descripción (y, consecuentemente, de justificar de algún modo el marco cronológico del estudio). Es del todo lamentable que esas limitaciones no se perciban mejor y que el título mismo de la obra siga justificando, a despecho incluso de la concepción explícita del autor, lo que algunos creen todavía poder denominar «concepción estrecha» del feudalismo. En total, pues, creo que el alcance actual de esa obra es extremadamente ambiguo y mucho más todavía al aparecer a los ojos de muchos medievalistas como la primera piedra en el estudio del feudalismo cosa que no es

en absoluto. Marc Bloch había estudiado a Fustel y a Flach, como Lucien Febvre testifica en su prefacio (1952) de los *Caractères originaux de l'histoire rurale française*: «En el ámbito propio a la historia, hallaríamos algunos gruesos volúmenes meditados en profundidad: pensemos en el *Allen* de Fustel o, más discutible sin duda, más vivo y provocador de investigaciones, de trabajo, demasiado olvidado quizá, en el de Jacques Flach sobre los *Origines de l'ancienne France*» (página IV). Por otra parte, el mismo Marc Bloch había publicado una reseña del tomo IV de Blach en la *Revue de Synthèse Historique* (1920, pp. 150-152).

El primer volumen de *Origines de l'ancienne France* apareció en 1886, al mismo tiempo que Fustel de Coulanges daba los últimos toques, para conferirle la forma que le conocemos, a la *Histoire des institutions politiques de l'ancienne France* ... Se puede discutir tal o cual idea tan apasionadamente defendida por Flach ... Pero esa tarea concienzuda, esa lectura inmensa y, sobre todo, tantos puntos de vista originales, penetrantes, poderosos incluso, fuerzan a la admiración. *Origines de l'ancienne France* permanece como una de esas obras que honran a las ciencias históricas de nuestro país.

La filiación está clara. Todo el problema consistiría en saber si Marc Bloch ha conseguido elevarse a la altura del punto de vista de Fustel y de Flach. De cualquier manera y contrariamente a la opinión común, afirmo categóricamente que la lectura de *La société féodale* no dispensa en modo alguno de la de los trabajos de Fustel y de Flach, ni siquiera de la del de Guizot.

F. L. GANSHOF

El librito de F. L. Ganshof, redactado durante la guerra y publicado en 1944, *Qu'est-ce que la féodalité?* es absolutamente distinto. La obra comienza con un doble sofisma:

Tras la Revolución francesa, en que la palabra «feudalismo», junto a «fanatismo», actuó de espantapájaro, se ha venido utilizando el término a contrapelo. Sin entretenernos en estos usos fanáticos, retengamos ahora las dos acepciones principales actual-

esencial, es lícito reducir a esas dos acepciones los análisis o las definiciones más matizados, salidos de la pluma de ciertos autores. NOTA: la utilización que generalmente se hace del término «feudalismo», así como de los términos emparentados con él, por los historiadores de la URSS y por no pocos de los de otros países del otro lado del «telón de acero» nos parece difícilmente justificable, sean cuales sean los méritos de sus trabajos (ed. de 1968, p. 11).

Sea cual fuere la apreciación que se está en el derecho de hacer sobre la ideología que revela semejante forma de expresarse, hay dos aseveraciones que ponen en evidencia una falta de erudición: «el uso fantástico de una palabra» es una expresión utilizada aquí a contrapelo; las palabras obtienen su sentido del uso que se les da, y un uso no puede ser calificado de fantástico más que si se le aísla sin relación simple con el uso general, lo que no es el caso aquí. F. L. Ganshof parece tener una concepción «realista» y del todo ahistórica del sentido de las palabras. Por otra parte, declarar injustificable un uso sin precisar en absoluto cuál es ese uso, no solamente significa una falta de lógica, sino que revela impertinencias cara al lector. De cualquier modo, esos dos sofismas resquebrajan por sí solos la coherencia y el rigor histórico de toda la obra. Quedan las dos acepciones «no fantásticas» y «justificables».

Los malogrados Joseph Calmette y Marc Bloch han preferido al término «feudalismo» la expresión «sociedad feudal». Esta elección, que es de desear se generalice, tiene la ventaja de poder limitar el uso de la palabra «feudalismo» al caso en que deba ser tomada en su otra acepción.

En esa segunda acepción, el feudalismo puede ser definido como un conjunto de instituciones que crea y rige obligaciones de obediencia y de servicio —principalmente militar— de la parte de un hombre libre, llamado «vasallo», hacia otro hombre libre llamado «señor» y obligaciones de protección y de mantenimiento de la parte del señor hacia el vasallo. La obligación de mantenimiento tuvo con frecuencia por efecto la concesión por el señor al vasallo de un bien llamado «feudo»; acepción más técnica, mucho menos amplia que la primera, acepción que puede ser calificada de jurídica, mientras la primera es, sobre todo, social y política (p. 12).

Esta definición se parece en la forma a un artículo del código

el período que va del siglo V al siglo XI? ¿Qué es una «institución» durante ese período? Y, además, ¿una «institución que crea y administra obligaciones»? Naturalmente, no veo a un historiador de Derecho, consciente de las prerrogativas de su corporación, aceptar imaginarse tan sólo que Europa haya podido conocer durante siete siglos aproximadamente una situación en la que no habría ni estado, ni institución, ni derecho (en el sentido en que ellos lo entienden habitualmente). Sin duda existía una estructura de poder pero, si se pretende, como es el caso de Ganshof, utilizar el término «feudalismo» en su sentido «técnico, jurídico», hay que hacer comenzar el estudio en el siglo XIII, incluso en el siglo XIV, épocas en que se constituye realmente un derecho feudal. Hablar de «sentido estricto» para el siglo X o el XI no es más que un *hatus vocis*. La distinción operada por Ganshof carece de sentido histórico y testifica además un importante desconocimiento de los autores del siglo XIX. En el párrafo que sigue Ganshof se afirma en su insistencia: «Si se llama "feudalismo" o "régimen feudal" al tipo de sociedad que hemos tratado de definir es porque el feudo constituye si no la pieza maestra, sí al menos la pieza más importante en la jerarquía de los derechos sobre la tierra que comporta ese tipo de sociedad» (p. 12). ¿Es necesario recordar a Guizot?: «ese sistema que nunca ha llegado a formarse, ese edificio que nunca ha sido realmente levantado... el lugar exorbitante que se ha concedido al feudo». Incluso si se compara la presentación de Ganshof a la de Mortet, se observa que este último distinguía efectivamente dos acepciones de «feudalismo», por más que una fuese «sociológica» y la otra «histórica»; oposición esencialmente concebida como la oposición de lo genérico («leyes» de toda sociedad feudal) y de lo particular (feudalismo francés), cosa que era discutible pero que al menos representaba un esfuerzo de reflexión, mientras que Ganshof utiliza términos como «jurídico», «político», «social», sin reflexionar en ellos, sin saber claramente lo que encubren, sin preguntarse tampoco si esas distinciones son realmente pertinentes para el período y la sociedad que pretende estudiar.

Es necesario detenerse un poco en los fundamentos de una actitud tan errónea, ya que la noción de «sentido estricto» del feudalismo sigue haciendo estragos. Si se piensa que el juego de las relaciones de poder del siglo VIII al XIX es un asunto embrollado, hay que distinguir tres grados en el análisis empírico. Un primer grado es el análisis lexicológico, consistente en reconstituir (teniendo desde luego

en cuenta los datos espaciotemporales) campos semánticos, en los cuales se determinan las fechas y los lugares de empleo de las palabras, así como el sentido que se les puede atribuir de acuerdo con la relación que tengan entre ellos (empleos exclusivos, graduados, jerarquizados, simultáneos, etc.). Un segundo grado consiste en intentar determinar la forma de las relaciones sociales que se estudian, es decir, el grado de formalización (o de ritualización, o de obligación) de tal uso verbal y/o práctica social. (No se puede poner sin graves riesgos en la misma categoría «contrato» dos operaciones, una de las cuales consista en escupir en el suelo y la otra en ir al notario, incluso si el objeto del contrato es el mismo.) El tercer grado consiste en reconstituir, mientras lo permitan los documentos, el funcionamiento de las relaciones reales de poder. Para Ganshof, por el contrario, querer estudiar el «sentido estricto» del feudalismo consiste en presuponer arbitrariamente la existencia de «instituciones», especie de entidad omnipresente de la que emana un conjunto de normas que rige el empleo de las palabras; el trabajo del historiador resulta singularmente simplificado, ya que cada palabra es percibida directamente como el reflejo de una «institución». Esa voluntad de definir un «sentido estricto» supone, pues, como contrapartida, una concepción extremadamente amplia y excesivamente indeterminada de las «instituciones», que es correlativa de un método de investigación muy insuficiente que, de aplicarse a otras épocas, arruinaría sobradamente la especificidad de los análisis jurídicos.

ROBERT BOUTRUCHE

Los dos volúmenes que con el título de *Seigneurie et féodalité* (1959-1970) ha publicado Robert Boutruche son otra cosa. Por desgracia, en ellos se crean otros malentendidos que parecen en gran parte debidos a la ignorancia de la evolución de los trabajos en el siglo XIX (véase ed. de 1968, p. 17). Robert Boutruche cree necesario distinguir tres grupos: «las obras de erudición sobre el feudalismo, las tesis de los doctrinarios, el empleo popular del término» (p. 18). Esto le lleva al borde de la contradicción. Lo que él bautiza como «el feudalismo marxista» (los «doctrinarios») no tiene, ni siquiera debería mencionarse aquí, nada de marxista (cf. Fustel de Coulanges o Mortet). Para colmar el vaso, añade algunas alegaciones de cosecha propia:

El feudalismo marxista, a decir verdad, no es del todo el de la historia [sic]. Marx, Engels y su escuela [sic] se remontan demasiado en el tiempo, y descienden también demasiado. Más que el régimen en sí, valoran sus asentamientos materiales. Por esto extienden el término a épocas y a países que solamente han conocido las formas de sometimiento de los campesinos (pp. 19-20).

Desde luego, Boutruche se cuida mucho de no precisar lo que él considera «remontarse demasiado» y «descender demasiado». Se imagina las concepciones marxistas como un puro economismo (¿o incluso como el materialismo del siglo XVIII?). Su reproche a los marxistas de «una extensión», en la que él ve «la búsqueda de una etiqueta» es un desafío a la erudición más elemental (cf. Fustel, Esméin, Mortet, Coulborn, etcétera).

El siguiente párrafo, sobre «los abusos del lenguaje» («l'emploi populaire») merece convertirse en una página de antología. Se habrá notado ya la asimilación de «popular» a «abusivo» (incluso cuando popular se aplica, si conviene, al general De Gaulle, p. 23). En realidad, ese «abuso» ha sido cometido indistintamente por los «jurisconsultos, los comentaristas de costumbres y los notarios de los siglos XVI, XVII y XVIII», Montesquieu, Adam Smith, todos los revolucionarios, Napoleón, Proudhon, Marx, De Gaulle, *Le Monde*, *L'Express*, etcétera. Pero, en fin, ahí está R. Boutruche:

Mantenemos testarudamente que sin contrato vasallático, sin fondo, sin organización social y política fundada sobre vínculos privados de una naturaleza particular, no hay régimen feudal. Hay que arrebatarlo al pretencioso lenguaje que lo envuelve como una corteza y, después de haberlo colocado de nuevo en su medio, mirarlo con los ojos de sus contemporáneos (p. 25).

A pesar de interesarle tanto distinguirse, Boutruche no hace suya la postura de Ganshof y no busca imponernos un «sentido estricto» jurídico. La maniobra es más hábil y consiste de hecho en apropiarse de una distinción aparecida en numerosos historiadores del siglo XIX y, por otra parte, retomada por Marc Bloch: el señorío y el feudo. En tanto que historiador empirista, Boutruche se sitúa al nivel de lo que desde 1945, beneficiándose de tener el viento de popa, se denomina «la historia social». Sin utilizar la terminología jurídica, no sujeta a aparentemente más que a los «vínculos personales» y

sobre todo ahogando su presentación en la retórica del «de una manera general... pero hay tantas excepciones... ¿en qué medida?...», Bouthuche se esfuerza, a lo largo de sus dos obras, en demostrar que los vínculos personales y los vínculos materiales son intrínsecamente distintos, incluso si, a menudo, están estrechamente unidos; del mismo modo que el señorío es intrínsecamente distinto del feudo, incluso si se trata del mismo objeto. Aparecen bien claras las razones extracientíficas que a comienzos de los años cincuenta empujaron a Robert Bouthuche a querer establecer semejantes distinciones; pero lo que no se ve por ninguna parte son las ventajas científicas que esas distinciones podrían ofrecer y que serían el criterio decisivo para determinar su validez. En definitiva, a propósito de *Seigneurie et féodalité* pueden hacerse observaciones bastante parecidas a las que ya se han hecho a *La société féodale*, por más que Marc Bloch no se dedicase a las cuestiones económicas y que Robert Bouthuche se dedique algo a ellas, pese a afirmar enérgicamente que la explotación de los campesinos por los señores carece de relación con la estructura de conjunto de la sociedad. Como las otras categorías sociales no son consideradas, no cabe en absoluto buscar una dinámica global. El único progreso de Bloch a Bouthuche es la afirmación de distinciones inútiles con un estilo sinuoso.

Ahora ya podemos discernir mejor de qué modo forman (o parecen formar) un conjunto esas tres obras y en qué se distinguen. Existe una oposición entre *La société féodale* y *Qu'est-ce que la féodalité?* que tiene que ver con las perspectivas perfectamente antitéticas de los dos autores: en Marc Bloch, la voluntad de mostrar en qué ha definido una época un grupo social; en Ganshof, la voluntad de crear el cuadro «técnico» de una «institución». El primera proyecto es ambiguo, el segundo, irrealizable, por ser contradictorio en sus términos: queda excluido que se pueda aceptar la aserción de Ganshof, quien pretende ver dos puntos de vista complementarios; la única vía razonable sería intentar determinar en qué aspectos el ensayo de Marc Bloch se integra en un estudio más global, el único susceptible de conferirle su utilidad real. La obra de Robert Bouthuche, por el contrario, se vale implícitamente de todo el prestigio de Marc Bloch para cosificar la construcción de *La société féodale* e intentar poner límites y distinciones totalmente invalidadas desde el momento en que no se los concibe como restricciones provisionales, confinadas a ciertos estadios de la investigación. En definitiva, sean cuales fueren

las particularidades que confieren a cada una de esas tres obras una fisonomía original, tienen en común el mismo defecto: una perspectiva en el fondo limitativa, que justifica el estudio de un grupo social independientemente del de los otros, a título de sujeto colectivo de una historia general siempre aplazada.

En esas condiciones es fácil concebir la forma general de las tentativas posibles, susceptibles de sacar de ese callejón sin salida a la investigación: son trabajos orientados hacia el estudio de relaciones, eventualmente de sistemas, y preocupados por la dinámica más que por la evolución.

La presentación y el análisis de esas investigaciones se ven complicados por la heterogeneidad de las obras que los incluyen y a menudo también por la dificultad de acceso debida a las respectivas lenguas y/o a la muy débil divulgación de su misma existencia. Empezaré por una rápida visión de las tres escuelas historiográficas «marxistas» (anglosajona, rusa, alemana del Este); después relacionaré cuatro tentativas que me parecen más aisladas (José Luis Romero, Perry Anderson, Frantisek Graus, Yves Barcl); y por último presentaré aquellas investigaciones reagrupadas alrededor de determinados temas: el comercio en la época moderna, la lucha de clases en la Europa feudal, las relaciones entre formas concretas de organización de la producción y dinámica económica.

LOS MARXISTAS INGLESES

Actualmente disponemos bajo la cómoda forma de *dossier* del debate sostenido —principalmente entre los anglosajones y accesorariamente en Francia— alrededor del libro de Maurice Dobb, *Estudio sobre el desarrollo del capitalismo* (1946), publicado bajo los nombres de Dobb y Sweezy con el título francés *Du féodalisme au capitalisme: problèmes de la transition* (2 vols., 1977). No entramos en los detalles del debate, que se desarrolló principalmente entre 1950 y 1962, y en el que participaron, entre otros, Paul Sweezy, Maurice Dobb, Rodney Hilton, Christopher Hill, Eric Hobsbawm, además de Kohachiro Takahashi, Giuliano Procacci, Georges Lefebvre y Albert Soboul.*

* Las intervenciones en este debate han sido publicadas en castellano en

He aquí cuatro observaciones globales.

En primer lugar, esa discusión, que se remonta de hecho a los años treinta y prosiguió hasta principios de los años sesenta, traduce una innegable vitalidad de la reflexión marxista durante ese período, al mismo tiempo que ilumina los límites (estrechos) debidos al entorno intelectual e historiográfico. El *dossier* permite observar, en el ámbito de una discusión entre marxistas, muy intensos debates durante todo el período; debate de carácter historiográfico, aparentemente el primer debate público entre marxistas sobre el feudalismo; debate entre historiadores, pero muy enérgicamente lanzado y relanzado por Paul Sweezy, un economista; la reflexión más específicamente económica parece haber tenido aquí, como en otros sectores, un papel importante. Sin embargo, el estado de esa discusión y los argumentos utilizados testifican débiles repercusiones de las primeras grandes investigaciones de historia económica, todavía en plena mitad de los años cincuenta. La ausencia de cualquier referencia a la evolución de las técnicas, la utilización incontrolada, por Sweezy, de los trabajos de Pirenne, son reveladoras al respecto.

Mi segunda observación concierne al papel central desempeñado, y que está reconocido por todos los participantes, por el antagonismo entre señores y campesinos; la explotación de los segundos por los primeros lleva a la lucha de clases, de la cual se recuerda que es el motor necesario de la historia. El interés que una tesis abstracta como ésta ofrece es innegable; habría, además, que intentar articularla con otras tesis para definir un modo de producción específico; ya que, a fin de cuentas, tomada tan desnudamente, esa tesis se aplicaría también a cualquier sociedad de clases. La pregunta de Sweezy sobre la dinámica feudal conserva toda su pertinencia y permanece apenas sin respuesta. Las últimas observaciones de Maurice Dobb en 1962 (II, p. 18) son significativas:

En el momento en que los pequeños productores consiguen emanciparse parcialmente de la explotación feudal ... pueden guardarse una parte de la sobreproducción ... Esto permite también establecer la base de una cierta acumulación del capital en el interior de la pequeña producción misma y, en consecuencia, crear un

el volumen compilado por Rodney Hilton bajo el título *La transición del feudalismo al capitalismo*. Crítica, Barcelona, 1977.

proceso de diferenciación en el interior de la economía de los pequeños productores ... Esta bipolarización social en el poblado, como entre el artesano urbano, preparó el camino a la aparición de asalariados y, en consecuencia, a las relaciones de producción burguesas.

Una visión de las cosas como ésta constituye una simplificación que roza el ridículo. Por otra parte, no explica nada en sí misma, ya que ¿de dónde vendría la «emancipación parcial»? ¿Y por qué esa acumulación de capital habría generado un «proceso de diferenciación»?

En tercer lugar pueden observarse con interés los desarrollos relativos a los problemas monetarios. La mayoría de participantes está de acuerdo en distinguir claramente entre relaciones monetarias y relaciones capitalistas, y rechaza la idea de una «erosión» de las relaciones feudales por el uso de la moneda. Esto está sacado directamente de Marx y la fuerza lógica de tal argumentación es efectivamente muy grande. Pero, en definitiva, tampoco en este caso es posible quedarse satisfecho con una abstracción aislada.

De ahí mi cuarta y última observación: ese debate se ha mantenido en un grado inapropiado de abstracción (ésta es sin duda la razón por la cual en 1977 se añadieron al dossier primitivo otros varios textos más sustanciosos). La urgencia de una reflexión abstracta debía aparecer como una ineludible necesidad a quienes, en los años cincuenta, buscaban reaccionar contra el marasmo ambiente. Lamentablemente, a causa de las condiciones políticas en que tuvo lugar, esa discusión estuvo marcada por dos defectos básicos: el economismo, que tratándose de feudalismo, lo resume todo, sin matices ni escrúpulo, a la explotación de los campesinos por los señores; y el instrumentalismo, es decir, la voluntad de hacer servir el debate histórico para una «problemática» juzgada actual, en esa ocasión la de las «vías de transición». En este sentido el estudio de la transición del feudalismo al capitalismo podría informarnos sobre la política a seguir para apresurar el paso al socialismo: idea sin duda simpática, pero que supondría, en toda lógica, que también se pretende saber qué era el feudalismo en tanto que organización «política», ya que se trata de una lucha política dirigida contra el capitalismo. Es inútil insistir: ese debate representa un momento pasado y puede servir

sobre todo para instruir sobre la naturaleza real de las dificultades que la investigación histórica y teórica entraña.

Después, la reflexión de los historiadores marxistas anglosajones ha evidentemente progresado, al tiempo que se diversificaba. Haré ahora solamente algunas observaciones sobre las posturas de Rodney Hilton, uno de los cabeza de fila en los años sesenta, refiriéndome, de entre su abundante producción, a dos textos traducidos al francés: *Bond men made free* (1973; trad. francesa *Les mouvements paysans du Moyen Âge*, 1979) y la introducción de 1976 a la reedición del *dossier* estudiado antes (trad. francesa, 1977). *Bond men made free* comporta una introducción y un primer capítulo, «La naturaleza de la economía rural medieval», en los que Hilton intenta profundizar en las concepciones desarrolladas con anterioridad sobre el antagonismo campesinos/señores. Al hacerlo, introduce ciertos argumentos de gran alcance, pero también concepciones que me parecen falsas y susceptibles de constituir obstáculos peligrosos en el camino de ulteriores progresos. Hilton establece en esa obra que el análisis de la revuelta inglesa de 1381 la sitúa «en su contexto europeo»: «hay numerosos aspectos de la insurrección que solamente pueden ser apreciados concretamente al relacionarlos con las tensiones sociales e ideológicas del conjunto de Europa» (ed. fr., p. 20). La idea es, pues, que los acontecimientos ingleses deben ser estudiados a la luz de su significación en un «movimiento europeo», cosa que me parece capital: la lógica del desarrollo feudal es una lógica a escala europea y ninguna reflexión que, propiamente hablando, pretenda proponer explicaciones, puede situarse en otra perspectiva. Por otro lado, subraya enérgicamente el papel de la institución eclesástica y/o de las prácticas religiosas:

El problema fundamental de la conciencia de clase de los campesinos está muy estrechamente ligado a la comprensión de la religión popular, de las relaciones del pueblo con la jerarquía eclesástica oficial y con las sectas heréticas que tan numerosas llegaron a ser a partir del siglo xii (ed. fr., p. 17) ... Durante la Edad Media, en todos los países europeos, una gran proporción de las propiedades rurales pertenece a la Iglesia (p. 58) ... La posición de los religiosos en la sociedad aristocrática era inguebrantable ... El hecho de que una gran proporción de la clase dominante estuviese constituida por clérigos ha debido ser muy importante para los campesinos europeos en sus relaciones con esa clase (pp. 60-61)

La importancia de tales observaciones crece si se tiene en cuenta que son más bien raras en los historiadores marxistas (como asimismo en la mayoría de medievalistas actuales). No obstante, no se considera a la Iglesia más que en su papel ideológico, lo que reduce el alcance del argumento, que hubiese podido estar considerablemente desarrollado de haber sido relacionado directamente con el argumento precedente, con el que creo mantiene lazos extremadamente estrechos.

El interés de ambos argumentos queda fuertemente descompensado por el empleo incontrastado, cuando no del todo indebido, de tres términos que en historia medieval hay que utilizar con infinitas precauciones: campesinos, propietarios, poder estatal. Cuando se trata de la sociedad de los siglos xiv y xv, su empleo pasa relativamente desapercibido, pero Hilton, en un muy loable esfuerzo de abstracción, ha tratado de generalizar los respectivos roles al conjunto de la sociedad de la Europa feudal: la tentativa ha dado como resultado hacer resaltar, al menos, la incongruencia de esos empleos. La cuestión se centra en la noción de comunidad rural. La descripción que Hilton hace de esa comunidad (pp. 31-42) no crea muchos problemas, por más que podamos preguntarnos por qué ha sido silenciado el carácter parroquial de esa comunidad rural. La descripción corresponde esencialmente a los núcleos rurales llamados de tipo antiguo, o de antiguo régimen, es decir, de los siglos xvii y xviii, hasta bien entrado el xix. Hacer *remontar* la validez de semejante modelo hasta el siglo xiii supone considerar como desdénables las variaciones de las intervenciones exteriores (superiores), cosa que no es en absoluto evidente. Más allá del siglo xiii la operación sería ya del todo ilícita. El mismo Hilton reconoce que carece de base: «la solidaridad de las comunidades campesinas es uno de los hechos más conocidos de la historia social medieval, al menos a partir del siglo xii ... Las fuentes que conciernen a la historia de los comienzos de las comunidades ... parecen escasas» (p. 31). Debería bastarnos recordar el *Allen de Fustel*, que ha mostrado directamente la total ausencia de la más mínima mención de comunidad rural en la alta Edad Media; y con razón: se trataba de otro modelo social. La ideología igualitaria, que es uno de los fundamentos de la comunidad rural, es correlativa a la incorporación de los arrendatarios en una red común de dependencias» (p. 70). Pero esta asimilación, si bien en algunos lugares apareció en el siglo x, no se acabó de manifestar realmente hasta los siglos xi o xii, cuando no en el xiii. Ver heroicas supervivencias de

de L. Kuchenbuch (*Feudalismus. Materialien zur Theorie und Geschichte* pp. 301-304).

El primer comentario es acerca de los serios debates entre medievalistas que tuvieron lugar en 1949-1951, más tarde en 1955-1956, es decir, antes de la «desezialización». Fueron debates que giraron alrededor de la articulación del feudalismo y del problema de su ley económica fundamental. En los años setenta la atención se centró sobre todo en el problema de la génesis del feudalismo. El carácter tan particular de esas discusiones proviene del hecho de que cualquier nueva investigación sirve para volver a sacar a la luz los textos de los fundadores (Marx-Engels-Lenin), para intentar organizar nuevas adquisiciones en función de conceptos establecidos. Como por otra parte, tal como Kuchenbuch observa, se encuentran frecuentemente visiones divergentes en el interior mismo de los textos de los fundadores sobre un problema concreto, la discusión puede llegar a ser muy viva. Lo menos que puede decirse es que esa práctica desconcierta al historiador occidental; que comporta un aspecto formalista, cuando no ritualista, un tanto seco; sin embargo, hay que reconocer que al menos en un cierto número de casos, ello puede servir de incitación a una reflexión abstracta fructuosa de la que pocos historiadores occidentales son capaces. Así se explica la conclusión de Kuchenbuch:

De este modo, la discusión soviética sobre el feudalismo se caracteriza actualmente por una apertura que, por una parte, parece corresponder a las condiciones del progreso científico y, por otra, permite esperar unas clasificaciones teóricas y unos enriquecimientos empíricos a los cuales los historiadores occidentales deberán prestar más atención en el futuro (p. 304).

Intentaré dar aquí rápidamente algunas visiones de conjunto sobre la cuestión de la explotación en el sistema feudal y también sobre el problema de la génesis de ese sistema, para acabar mostrando el modo en que los medievalistas soviéticos evalúan la investigación occidental.

Las obras en lenguas occidentales que han permitido conocer a algunos investigadores soviéticos están generalmente dedicadas a la problemática de la lucha de clases: Kosminski toma Inglaterra en el

guerra de los campesinos en Alemania, Porshnev toma la Francia del siglo XVII.

Evgueni Kosminski (1886-1959), medievalista formado antes de 1917, publicó sus primeras obras en los años treinta. Dedicó la mayor parte de su actividad de historiador al estudio de las formas y de la evolución de la renta feudal en Inglaterra del siglo XIII al XIV. (Véase, por ejemplo, un artículo de 1955, «L'évolution des formes de la rente féodale en Angleterre du XI^e au XV^e siècles», en *Féodalisme*, monográfico de *Recherches Internationales à la Lumière du Marxisme*, n.º 37, 1963, pp. 67-92). En él intentó mostrar que ni el desarrollo del uso de la moneda ni las fluctuaciones demográficas podían servir de indicios directos de la evolución social, a la que no es posible acercarse más que por un estudio minucioso de los caracteres de las diversas explotaciones rurales y de las formas de exacción del plustrabajo por los señores; a partir de ahí el problema fundamental resultó ser el de la relación entre el desarrollo de la división del trabajo y el papel del mercado, y el mantenimiento, al precio de algunos arreglos, de las estructuras feudales de la dominación señorial. Se comprende fácilmente de qué modo una visión global de ese tipo permite integrar los análisis económicos al estudio de los procesos históricos sin caer en absoluto, sin embargo, en el economismo vulgar que muchos imaginan ser la base del marxismo.

El problema fundamental que Kosminski plantea se parece bastante al que en los años cincuenta plantearon los marxistas ingleses, tratado anteriormente. En la URSS varios historiadores más, como Serguei Skazkin o Viktor Rutenburg colaboraron también en ese programa.

La cuestión de los orígenes del feudalismo ha dado lugar a dos recientes artículos en francés: Z.V. Udaltsova y E.V. Gutnova, «La genèse du féodalisme et ses voix en Europe», informe al Congreso de las Ciencias Históricas de Moscú, 1970, en *La Pensée* (1976-1977), pp. 43-60; y A. Gurevich, «Représentations et attitudes à l'égard de la propriété pendant le Haut Moyen Âge», *Annales, ESC* (1972), pp. 523-547. El artículo de 1970 es un ensayo de tipología que lleva a la idea de tres variantes principales: un tipo donde domina el elemento posromano, un tipo en el cual está ausente ese elemento y el tipo de «síntesis ponderada». Siempre me ha parecido que la tipología es la reflexión del pobre; en ese artículo reina una comparación carente de ideas, el empleo incontrolado de la noción de «co-

muna rural» produce increíbles estragos y la noción de sistema feudal brilla por su ausencia. Resulta curioso observar de qué modo los medievalistas rusos de los años sesenta resucitan un problema que en Francia se planteaba en los siglos XVIII y XIX, sin aportar originalidad alguna. Por suerte, el artículo de Gurevich reclama otro tipo de atención al plantear inteligentemente una cuestión clave en el análisis de la sociedad feudal, cuando observa que la noción moderna de propiedad es estrictamente inutilizable en una sociedad feudal por el simple hecho de que toda propiedad define un derecho, es decir, una relación social, y sería absurdo pretender aplicar a la Edad Media tipos de relaciones sociales del siglo XX. Gurevich tiende, pues, hacia la *Deutsche Rechtsaltertümer* de J. Grimm, tanto como hacia las investigaciones de la reciente antropología, para aislar uno o varios otros tipos de modelos de relación de los objetos de civilizaciones distintas de la nuestra, intentando determinar cuál se adaptaría mejor a la alta Edad Media. Ese análisis, que muestra cómo hay que destruir las nociones aparentemente más simples y reconstruirlas en función de un estudio global de la sociedad a la cual se las quiere aplicar, permite pensar que las observaciones relativamente optimistas de Kuchenbuch no carecen del todo de fundamento.

El texto de Mijaíl Barg, «El concepto de feudalismo en la historiografía burguesa contemporánea», publicado en *Voprossi istorii* («Cuestiones de historia») en 1965 y traducido al francés en la ya citada obra de Kuchenbuch (pp. 196-228) comporta un somero estudio de las concepciones de Hintze, Coulborn, Bloch, Bourtruche, Ganshof, Brunner y Bosl. Barg se dedica con bastante éxito a determinar las filiaciones entre un autor y otro, y a evidenciar todas las contradicciones e incoherencias que surgen de puntos de vista más o menos «institucionales» (con excepción del de Marc Bloch que le gusta mucho). Kuchenbuch dedica a ese artículo una apreciación muy crítica, al tiempo que destaca justamente de qué modo Barg no hace el más mínimo esfuerzo para mostrar cómo se integraría cada una de esas concepciones en otras más generales o en trayectorias individuales que también hubiera debido tener en cuenta. Por mi parte, reprocho a Barg sobre todo haber iniciado su estudio con Hintze e ignorar por completo el siglo XIX, lo cual le impide tener una perspectiva de conjunto. Una vez dicho esto, pienso que las críticas de Barg suelen ser acertadas, si bien en ocasiones carentes de energía.

y muestran a pesar de todo, que el carácter incisivo de los medievalistas soviéticos se ejerce muy pertinentemente.

LOS MEDIEVALISTAS DE LA RDA

Las peculiares condiciones históricas de la creación de la República Democrática Alemana han influido decisivamente en la formación de una historiografía específica. Sin apenas otra excepción que Ernst Werner, los representantes y las posturas de esa nueva escuela siguen siendo totalmente ignorados en Francia, a pesar de que se dispone de dos cómodos instrumentos de acceso en los dos conjuntos de textos aparecidos en la RDA y escogidos para confrontar a medievalistas y modernistas de Alemania federal y de Alemania democrática: Rainer Wohlfeil, *Reformation oder frubbürgerliche Revolution?* (1972), y Heide Wunder, *Feudalismus* (1974). Los principales resultados de esas confrontaciones fueron recogidos y analizados por L. Kuchenbuch en la obra ya mencionada (1977).

En los años cincuenta, la historiografía de la Alemania democrática se caracterizó por dos rasgos originales: la preponderancia numérica de historiadores muy jóvenes (al contrario de lo que, por ejemplo, sucedía en la URSS) y la combatividad ideológica, marcada, tanto por las intervenciones del comité central del partido comunista, como por la voluntad que los historiadores tenían de construir una historia de Alemania sobre bases radicalmente nuevas. Combatividad que se acentuaba por la debilidad global de ese grupo de historiadores, su acceso más directo a los textos «clásicos» y su compromiso con la historia que se le había encargado elaborar y escribir. La creación en 1953 de la *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft* significa el comienzo de su actividad pública. Desde 1977 la publicación, que desconozco, de un *Jahrbuch für Geschichte der Feudalismus* parece iniciar una nueva etapa.

La primera preocupación de los historiadores de la RDA en los años cincuenta fue la redacción de un nuevo manual de historia de Alemania cuya dirección se confió a Leo Stern; la Edad Media, tras grandes discusiones, fue dividida en tres períodos («alta», «central» y «baja») y se publicaron tres volúmenes: siglos V al XI, por Hans-Joachim Bartmurs (1964); siglos XI al XIII, por Horst Gericke (1965); siglos XIII al XV, por Eberhard Voigt (1965). A los nombres

de esos autores hay que añadir los de Ernst Werner, Helmut Assing, Adolf Laube, Bernhard Töpfer y sobre todo Eckhard Müller-Mertens. Las primeras discusiones giraron principalmente alrededor de la periodización de la historia alemana y del problema de los orígenes del feudalismo; durante esta fase al menos, se dejó sentir fuertemente la influencia de la tradición historiográfica de preguerra, a pesar de la voluntad de ruptura existente. Los puntos de vista de Otto Hintze fueron retomados casi al pie de la letra, igual que los de Fritz Rörig y Rudolf Kötzschke. No obstante, a comienzos de los sesenta, esa escolástica pseudomarxista, cuyo realismo limitativo atribuye un valor «explicativo» a las definiciones, se encontró con que era energicamente discutida por las intervenciones de Müller-Mertens en 1963 y 1964 principalmente, quien dudó del carácter *a priori* «clásico» del feudalismo occidental y tendió asimismo a rechazar la «ley» estaliana de las cinco etapas. El debate se extendió inmediatamente al conjunto de las formaciones «precapitalistas» y en particular al problema del «modo de producción asiático» a propósito del cual fue utilizado el texto de los *Grundrisse*, de Marx, titulado «Formas que preceden a la producción capitalista», que ya había sido publicado por separado en Berlín-Este en 1952, y había dado origen a un libro del medievalista soviético A. J. Niusijn, *La constitución de un campesinado dependiente como clase de sociedad feudal primitiva en Europa occidental, del siglo VI al siglo VIII* (Moscú, 1956), traducido al alemán por Bernhard Töpfer. En definitiva, se trató de un debate bastante confuso, que mezclaba la herencia de Hintze y la voluntad de definir los modos de producción de los diversos países tercermundistas, y durante demasiado tiempo se empeñó en la pueril y estéril necesidad de fabricar definiciones. Me limitaré aquí al análisis del artículo de Müller-Mertens «Para una mejor comprensión del modo de producción feudal» (*Ethnographisch-Archäologische Zeitschrift*, 1972, pp. 543-578, recogido por Kuchenbuch, *op. cit.*, pp. 349-383).

Müller-Mertens empieza por limitar *a priori* su objeto al feudalismo occidental y centra su estudio sobre el comentario de una aseración de Engels: «das Grunderhältnis der ganzen feudalen Wirtschaft, Landverteilung gegen Leistung gewisser persönlicher Dienste und Aufgaben» (1884; reproducido como anexo de la edición francesa del *Anti-Dühring*, p. 438: «La relación de base de toda la economía feudal. La entrega de tierra a cambio de ciertos servicios y

prestaciones personales ...»). De ahí que declare querer, según el modelo de análisis de la mercancía dado por Marx, practicar un estudio del feudo (*Landverteilung*) como forma económica central, «partir de las relaciones económicas factuales, someterlas a análisis y captarlas teóricamente». Müller-Mertens hace una observación muy importante: el latín medieval utiliza las mismas palabras para designar una concesión de tierra a un campesino que una «infundación» de un señor a un vasallo; no es gratuita por tanto la idea de que existe algo fundamental en común entre ambas relaciones. Tratándose de fuerzas productivas hace notar la influencia relativa del medio geográfico, la presencia permanente de una producción comercial y un nivel de las citadas fuerzas productivas adaptado a la pequeña explotación rural individual, completada por algunas formas unitarias y señoriales de organización. Volviendo a las relaciones de producción, subraya la ligazón entre la explotación económica de los campesinos y la relación personal de sujeción que les sometía a su señor, aunque en realidad lo que pretende es aislar la relación propiamente económica. Luego, en un intento de consolidar la existencia de un modo de producción específicamente feudal, Müller-Mertens considera las distinciones efectuadas por Marx en el texto de las *Formen*, cosa que, en el contexto en que la discusión se sitúa puede parecer un argumento de peso, puesto que Marx mismo ya distingue sin contemplaciones tres formas de relación precapitalista: asiática, esclavista y feudal. Pero, alejándose de inmediato de ese texto, intenta poner en evidencia el aspecto puramente económico de la obligación feudal, esforzándose en mostrar, por otra parte, que la obligación extraeconómica no se identifica con el estado. Subraya también el hecho de que el campesino no existiría sin el señor —y viceversa— e intenta identificar los principales motivos de conflicto: la posesión de la tierra, la situación jurídica personal del arrendatario, la renta; sin olvidar por otra parte las contradicciones internas de la clase dominante. Llega por fin al centro del desarrollo de la sociedad feudal, que percibe en el desarrollo de las fuerzas de producción; ello es debido esencialmente en esa sociedad a un progreso de la división del trabajo, que se traduce por encima de todo en el desarrollo de las ciudades y la desaparición de las obligaciones personales.

La riqueza de ese esquema pone de relieve un excelente conocimiento de los «clásicos» y una gran habilidad al utilizarlos para promover el análisis de la sociedad feudal. De ahí la anotación de...

taciones originales, como la polivalencia del término *feudum* (y otros asimilados), o la importancia tan a menudo subestimada de la obli-gación económica. De cualquier modo, hay que reconocer que Müller-Mertens se ve embargado por muchas incertidumbres y contradic-ciones por su voluntad, que considero errónea, de dedicarse priorita-riamente al intento de aislar los aspectos puramente económicos de las relaciones de producción feudales.

A los historiadores de la RDA les era imposible evidentemente no detentar una postura ante el problema de la Reforma y de la guerra de los campesinos: de ahí la inflexión específica de sus trabajos sobre el paso del feudalismo al capitalismo. El artículo de Brigitte Berthold, Eva Marie Engel y Adolf Laube sobre «La posición de la burguesía en la sociedad feudal alemana hasta mediados del siglo xvi» (*Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, 1973, pp. 196-217, reco-gido por Kuchenbuch, *op. cit.*, pp. 595-623) ofrece una visión sinte-tizada de las soluciones propuestas. La expansión urbana a partir de finales del siglo xi es atribuida sobre todo a la debilidad de los grandes señores feudales y del poder central, y se caracteriza por la aparición de estructuras sociales de las que están ausentes la servi-dumbre y la sujeción personal. El problema consiste en cómo definir ese nuevo grupo social: los autores se inclinan por el término «clase» (eventualmente, *Nebenklasse*), declarando que la ciudad formaba un elemento necesario, integrado a la sociedad feudal, único medio de alcanzar su pleno desarrollo. En los siglos xiii y xiv aparecieron las diferenciaciones sociales, traducidas en conflictos a los que los autores no quieren denominar «lucha de clases», prefiriendo llamarlos com-bates o «divergencias» (*Auseinandersetzungen*). A lo largo del si-glo xv se estrecharon los vínculos entre ciertos elementos del patri-ciado urbano y la aristocracia feudal, lo que llevó cada vez más a un número superior de burgueses a explotar al campesinado, mien-tras que en las ciudades de determinadas regiones hacen acto de pre-sencia formas de explotación claramente capitalistas. No obstante, todavía es el capital mercantil el que domina y esas relaciones capi-talistas, muy limitadas, eran aún «reversibles». No parece por tanto posible hablar de «burguesía» a comienzos del siglo xvi, más vale decir *frühkapitalistisches Bürgertum* ('burguesía protocapitalista'). El estudio de los movimientos sociales del período permite comprobar que no existía el más mínimo antagonismo económico entre ese grupo social y los señores feudales: más bien al contrario, su colaboración

fue uno de los generadores de la acumulación primitiva. La lucha antifeudal de los campesinos se nos aparece así como «una fuerza motriz decisiva del progreso social» y su aniquilamiento como causa de estancamiento y de refeudalización.

Esa visión se presta a numerosas críticas: no se encuentra razón científica alguna que justifique considerar globalmente como una única clase a la población urbana en los siglos xii y xiii; al poder jugar con la distinción *Bürgertum/Bourgeoisie*, los alemanes dispo-nen de una facilidad que otros no poseen (como también ocurre con *Lehnwesen/Feudalismus*), pero que no deja de aparecer como un arti-ficio; se tiene demasiado la impresión de acrobacias destinadas a no contradecir a Engels. Esto, de cualquier modo, no atañe al fondo de la argumentación, y una presentación más meditada (por ejemplo, contradicción principal contra contradicción secundaria) hubiese per-mitido que surgiesen con mayor facilidad los aspectos fructíferos de esa síntesis provisional, cuya ventaja indiscutible es proponer una articulación dinámica del desarrollo urbano en el interior del modo de producción feudal, evidenciando, fase tras fase, el desplazamiento de los antagonismos y de sus causas; estudio que precisaría de nume-rosos matices y que se ve perjudicado por la extrema pobreza del vocabulario social tradicional, que lleva a confundir antagonismos muy distintos y variados bajo pares de palabras invariantes.

Las tres escuelas historiográficas comentadas presentan profundas diferencias que fácilmente se atribuyen a entornos casi opuestos. No dejará de sorprender la constatación de los pocos contactos que esos grupos de historiadores marxistas mantienen entre sí, así como el carácter localista de esas escuelas; se observará igualmente el retraso relativo pero evidente del grupo inglés y, por el contrario, lo avan-zado del grupo de la RDA, bastante sorprendente si pensamos en sus condiciones de trabajo. Una vez expuesto esto, y a pesar de la poca información de que dispongo sobre las escuelas de la URSS y de la RDA, veo cuatro rasgos comunes a los tres grupos: la carencia de significación del año 1956; el poco caso hecho a la historia de las técnicas; la escasa utilización de métodos modernos de análisis lin-güístico de los textos; la ausencia casi completa de contactos entre esos historiadores y sus colegas de las otras ciencias sociales. En con-junto se desprende la impresión de una huella vagamente hegeliana sobre la historiografía europea del período de entreguerras que centra generalmente la atención de los historiadores en la *lucha de clases*

y cree, por la simple descripción de esa lucha, haber proporcionado una explicación general de la evolución. Contrariamente a lo que se imaginan muchos historiadores occidentales, esas descripciones son casi siempre correctas desde el punto de vista de la etudición e inteligentes en cuanto a la construcción del juego de interacciones sociales. Lástima que se trate de un juego concebido con evidente estrechez, descuidando muchos aspectos materiales e intelectuales, y, finalmente, yendo al encuentro de las perspectivas que el propio Marx desarrolló, deja de lado la preocupación de concebir un modo de producción en tanto que sistema general, única vía que quizá permitiría que se desprendiese una dinámica global y concebir una teoría racional del feudalismo europeo.

FRANTISEK GRAUS

El medievalista checo Frantisek Graus es mucho más conocido en Francia por su nombre que por su obra. Marxista, interesado en la historia de la Iglesia y de la ideología, no puede suscitarse más que un interés lateral. Pero sus dos libros principales poseen, más allá de la primera aproximación, un interés capital: *Volk, Herrscher und Heiliger im Reich der Merovinger. Studien zur Hagiographie der Merovingerzeit* («Pueblo, rey y santo bajo los Merovingios. Estudios de hagiografía merovingia»), 1965, y *Lebendige Vergangenheit. Ueberlieferung im Mittelalter und in den Vorstellungen vom Mittelalter* («Pasado vivo. La tradición en la Edad Media y en la representación de la Edad Media»), 1975. Partiendo de fuentes ya impresas y de temas cuya bibliografía es inagotable, Graus organiza su reflexión bajando sobre dos preocupaciones científicas: analizar todos los trabajos publicados en función de su contexto ideológico; estudiar los aspectos diversos y generales de una época únicamente en función de un esquema global. El primer punto no presenta mayores dificultades; el segundo es, a la vez, más fundamental y más evidente, de ahí esas observaciones de principio:

Una verdadera investigación histórica sólo puede partir, en mi opinión, de una imagen global de la época considerada... En esta obra pretendo observar la época merovingia como un todo, a partir de un aspecto concreto (*Volk*, pp. 9-10).

Mi objetivo no es la historia intelectual [*Geistesgeschichte*], sino un intento comparativo, una visión global del pasado, por más que nuestra época no parezca la apropiada para semejantes síntesis... A pesar de todo creo necesario superar la atomización de la ciencia histórica, que amenaza con no ser otra cosa que el pasatiempo inútil de unos pocos entusiastas (*Lebendige Vergangenheit*, pp. x-xi).

El estudio de la hagiografía merovingia lleva a Graus a hacer observaciones generales sobre la Iglesia: «La religión cristiana posee en la época merovingia un poder, el poder ideológico por excelencia» (*Volk*, 438). La palabra «religión» no resulta muy utilizable: «El fenómeno polimórfico que designamos con el nombre, que casi no significa nada, de "religión" ...» (p. 348). De cualquier modo, «en toda la Europa medieval, la conversión y la cristianización de la población corresponden necesariamente a la feudalización de la sociedad» (página 449).

El análisis detallado de la hagiografía, del culto a los santos y de sus relaciones con la realeza aporta conclusiones muy claras: todas las vidas de santos han estado redactadas por miembros del alto clero, abades u obispos, en función de necesidades particulares del culto y generales de la política; a despecho de los avatares en las relaciones de los clérigos con los reyes, estos últimos no fueron integrados en el grupo de los santos, la ideología de los hagiógrafos fue siempre de signo ascético-monacal; el pueblo no era más que una audiencia a la que manipular y no tuvo papel alguno en la creación de las vidas de santos. Vemos cómo se perfila una imagen a la que la historiografía tradicional no suele acercarnos: una sociedad esencialmente dividida en dos; un grupo dominante de clérigos, centralmente alrededor de los grandes monasterios, y, secundariamente, de los obispos, y una masa dominada de laicos, que comporta en el lugar más alto a los reyes, sobre los cuales los clérigos pretendían generalmente apoyarse, pero quienes no podían nada sin el apoyo de la Iglesia.

Lebendige Vergangenheit está dedicado a la representación concreta del pasado, sobre todo a partir del siglo XII, y luego a la supervivencia, y en algunos casos a la resurrección, de las imágenes de la Edad Media en tiempos ulteriores. Frantisek Graus muestra de qué manera todas las tradiciones más o menos históricas son de creación

culta, exactamente clerical, hasta fines del siglo xv, y cómo se degradan y desaparecen cuando dejan de estar respaldadas por un soporte escrito y, sobre todo, un uso social: la dominación de los letrados reaparece aquí vigorosamente. La importancia de la segunda mitad del siglo xii como momento en que se escriben numerosas tradiciones, aparece claramente en el trabajo de Graus relacionada con un trastocamiento de las estructuras sociales, principalmente de la relación de señores feudales y reyes con el resto de la población. En esas transformaciones aparecen más claras todavía que en otros momentos dos características de la estrategia del clero: la correspondencia (no «similitud») de las categorías de pensamiento de los clérigos con las de los señores feudales y el pueblo; la inigualable aptitud de los clérigos para recuperar e incorporar a su propio sistema cualquier nueva «necesidad social». Esa correspondencia queda claramente expuesta a propósito de las categorías «históricas»: ni el pueblo ni los señores feudales son capaces (a nuestros ojos) de pensar en términos históricos, su tiempo es más bien lo que llamaríamos «tiempo del mito». La Iglesia acepta las crónicas, pero Graus nos recuerda que «desde la antigüedad tardía, la práctica del género de las crónicas universales no había creado imagen real alguna de la historia; nadaba por los mares de la teología» (p. 23). En definitiva, yo diría que el mito se integra, en posición subordinada, a la teología. Por lo que respecta a la recuperación, Graus recuerda la integración del folklore a la práctica homilética de los *exempla*, y la del «sentimiento nacional» *avant la lettre* en el culto a los santos, la santificación eclesial de las entidades que materializan o simbolizan el poder (véanse, por ejemplo, los objetos y las prácticas en Saint Denis). Graus concede relativamente poco espacio a los siglos xvii y xviii, a los que siente la tentación de calificar de antihistóricos (cosa que me parece difícilmente aceptable), pero demuestra que la utilización en masa de los temas históricos con base más o menos antigua por parte de la Iglesia no se produjo hasta el siglo xix. Bernard Guenée escribió: «*Lebendige Vergangenheit* no es únicamente un gran libro; es un libro con futuro». Quisiéramos creerlo: el dominio del clero sobre el conjunto de la sociedad feudal, así como la gran transformación de finales del siglo xii y del siglo xiii me parecen, efectivamente, temas fundamentales.

JOSÉ LUIS ROMERO

A José Luis Romero se le cita aun menos. Y sin embargo su obra *La revolución burguesa en el mundo feudal* (1967) es digna de atención. José Luis Romero no se preocupa demasiado de la economía, y sus fuentes de reflexión son esencialmente narrativas y literarias. Peor todavía: al dedicarse a los grupos sociales medievales casi llega a descuidar a los agricultores. Las dos articulaciones principales de su contribución son interesantes por igual: en primer lugar, Romero se lanza a elucidar las relaciones y los antagonismos entre los grupos sociales «dominantes», utilizando algunos pares conceptuales muy operatorios, como equilibrado/inestable, coherente/en desintegración, cerrado/abierto; en segundo lugar, busca sistemáticamente relacionar las estructuras socioeconómicas y las estructuras sociopolíticas y mentales, lo cual explica la riqueza del libro.

La gran conclusión de Romero es la oposición, en el interior de la época feudal, entre una primera parte cristiano-feudal (siglos v al xii) y una segunda parte feudoburguesa (siglos xiii al xviii), la primera dominada por la Iglesia y la segunda marcada por el desarrollo de un grupo social esencialmente urbano.

Los grupos germánicos que se instalaron en el imperio romano encontraron en él una sociedad ya teocrática. Su llegada y su asentamiento tuvieron como primera consecuencia hacer desaparecer el carácter definido de la oposición hombre libre/esclavo (creando por el contrario numerosas situaciones no definitorias respecto a esa oposición), y más generalmente, cualquier estado de derecho: Romero recuerda cómo todas las tentativas de redactar códigos, y con más razón, legislaciones, a las que se libraron diversos soberanos entre el siglo v y el siglo ix, acabaron lamentablemente en fracaso. El poder no era más que un poder *de hecho*: el antagonismo permanente entre la aristocracia y los reyes creaba una inestabilidad estructural; la situación de normalidad la constituían la patrimonialidad del poder, ganancias privadas, guerras. Tan sólo la Iglesia gozaba, al precio de permanentes compromisos, de una relativa estabilidad o continuidad, resistía como podía a la desintegración, incluso extendía su red parroquial.

Si la aristocracia terrateniente aspiraba de algún modo a un

13

cierto orden, era a condición de que la monarquía respetase su papel eminente y su organización jerárquica, y se convirtiese en cierto modo en su cabeza, con un poder reducido y controlado, cosa que precisamente convenía también a la Iglesia. Así, la aristocracia y la Iglesia confluyeron en la configuración de la monarquía y del poder feudales, que correspondían al marco de objetivos trascendentes propuesto por la Iglesia y a los que ésta prestó el sólido respaldo de su estructura institucional. Para apoyar esa noción de orden terrenal, la Iglesia contaba con la enorme fuerza que le proporcionaba su doctrina y, por encima de todo, con la que le confería su monopolio de la literatura escrita (p. 96).

Esa noción de confluencia de aristocracia e Iglesia parece ser en efecto, esencial.

La estabilización del sistema cristiano-feudal fue de ese modo su finalidad: la aristocracia se convirtió en una especie de casta, al tiempo que se establecían reglas de sucesión y la posibilidad de vender y comprar feudos. Esa estabilización se efectuó bajo la égida de la Iglesia, que alcanzaba entonces una de las cumbres de su poder y que cristalizaba su pensamiento en el momento en que aparecía el espíritu de libre discusión. La dominación de la Iglesia permitió a ésta crear las condiciones subjetivas de transición a un nuevo estadio del sistema (esquema tripartito de la sociedad, cristianización de la ética caballeresca), contribuyendo de ese modo a modificar las condiciones «políticas» (cruzadas, sostenimiento de reyes débiles y limitación del poder del emperador).

La aparición de nuevos grupos (urbanos, sobre todo), a pesar de algunas tensiones, en ningún caso se produjo contra el sistema existente: la interdependencia de los antiguos y los nuevos grupos se dejó sentir rápidamente; por otra parte, el patriciado urbano ya estaba dividido cuando triunfó. La tentativa de constitución de la aristocracia en casta hizo aparecer la necesidad para esos aristócratas de justificar sus pretensiones de un estatuto privilegiado, precisamente por lo mucho que gastaban. El ordenamiento de esas tensiones provisionales se consiguió con la aparición de las señorías urbanas y con la urdimbre de nuevas relaciones entre el poder real y los distintos elementos de la jerarquía feudal. La principal novedad radicaba, de hecho, en las nuevas posibilidades de reflexión ofrecidas a los comerciantes por su propia práctica: inestabilidad económica y aperturas esenciales de ahí el desarrollo de la noción de cambio, la apa-

rición de un sensación de autonomía de la sociedad y de la naturaleza en relación a Dios.

YVES BAREL

El libro de Yves Barel *La ville médiévale, système social, système urbain* (1975) se abre, y se cierra, con el enunciado de preocupaciones abstractas y críticas relativas a un conjunto de instrumentos de investigación en ciencias sociales, agrupados alrededor de la noción de sistema, casi como la cibernética la ha desarrollado. No es suficiente decir que se trata de una preocupación insólita en un medievalista: es completamente extraña a su práctica, se sitúa casi en los antipodas, razón que, si fuera necesario, justificaría por sí sola que se le prestase alguna atención.

El propósito de Yves Barel es mostrar que la ciudad medieval (del siglo xii al siglo xv, más o menos) constituye un sistema en el interior de la Europa feudal, propósito del que piensa saltarán puntos que iluminarán a la vez la ciudad medieval y la noción de sistema. Yo diría de inmediato que, en mi opinión, la formalización que Yves Barel lleva a término presenta el defecto fundamental de centrarse en un tipo y no en un objeto real: toda ciudad medieval es considerada en tanto que variante del sistema, mientras que, a mi entender, el sistema (o mejor, el subsistema) está constituido de hecho por una red urbana en la que cada ciudad tiene su lugar en tanto que elemento de esa red, y ésta determina al menos una parte de las características de cada ciudad; en la aproximación de Barel esa parte cae en lo aleatorio, cosa doblemente lamentable si tenemos en cuenta que el comercio, que para Barel es el fundamento de la especificidad de la ciudad medieval, es precisamente una actividad que no puede desplegarse si no es a través de una red. Y, además, el estudio de un tipo prohíbe integrar realmente a este estudio las necesarias observaciones cifradas y las reflexiones sobre la relación entre tamaño y forma: de lo cual se desprenden algunos errores sobre la triste y demasiado célebre distinción entre cualitativo y cuantitativo.

Yves Barel parte de la observación de que el desarrollo de la ciudad medieval y el del régimen feudal son casi contemporáneos (siglos xi-xiii) y la explica inmediatamente:

CONTRA
BAREL
COMO C.A.
REY
URBANA

El sistema urbano medieval pone en marcha, al lado de nuevos procesos, procesos que no difieren más que superficialmente y fenomenalmente de ciertos procesos feudales. En particular, se encuentran en el sistema urbano medieval, y con igual importancia, tres características del régimen feudal que llaman la atención ... 1) una confusión, llevada al grado máximo, de los elementos públicos y privados del poder y la riqueza ... 2) la estrecha imbricación... de los derechos privados y de los derechos personales; 3) el estado de indiferenciación del poder político y del poder económico (pp. 10-11).

Tras insistir en el papel desempeñado por las estructuras familiares y eclesiásticas, Barel subraya la importancia de fenómenos como el príncipe y el señor feudal en el desarrollo de las ciudades de los siglos VIII al XI; según él, por otra parte, la riqueza manejada por los primeros comerciantes no puede tener otro origen que la tierra. Y tampoco cabe hablar de ciudad medieval antes del siglo XI: «La prehistoria urbana no se presenta como una función de diversos elementos, sino, al contrario, como un proceso de diversificación económica y social a partir de un núcleo eclesiástico y feudal o señorial homogéneo: estratificación entre clérigos y laicos, primeras jerarquías de la población, multiplicación de vasallos dotados de feudos» (p. 58).

Para Barel, «el surgimiento de la ciudad es una ... discontinuidad superior en el interior del régimen feudal» (p. 74). (Afirmación que también se encuentra en José Luis Romero.)

El primer paso hacia la autorreproducción y el surgimiento del sistema urbano medieval lo constituye la aparición de una nueva lógica, distinta de la lógica feudal «pura», así como la de una capa social portadora de esa lógica. Esa lógica es la lógica comercial y esa capa social es el patriciado ... En la Edad Media, como en otras épocas, existe una correspondencia relativa entre la estructura social y la jerarquía de sistemas que aquélla lleva emparejada ... la «genética» de los sistemas es un aspecto de la lucha de clases ... En el interior del combate mayor, acompañándolo, se producen enfrentamientos y coaliciones entre los grupos sociales o las capas sociales, cuyo objetivo puede no ser la conquista o el ejercicio del poder total sobre la sociedad, sino una determinada redistribución del poder, la autonomización relativa de ciertos poderes, por otra parte perfectamente compatibles con el mantenimiento de un dominio de clase (b. 73).

La tesis central es ésta: ¡la combinación de Wiener (y de Piaget) con Althusser! Barel dedica las dos partes centrales de su libro al estudio del patriciado y al del sistema urbano. El patriciado se identifica con una organización, una estrategia, unas regulaciones. Surgen de ese modo dos originales observaciones abstractas: por una parte, la idea de que la mayoría de las estrategias del patriciado son estrategias dobles, es decir, que, de un lado, están adaptadas a las necesidades de hecho y a imperativos individuales, pero, al mismo tiempo, procuran siempre por la supervivencia del patriciado en cuanto que tal; de otra parte, la idea (más o menos correlativa de la precedente) de que, en la mayoría de ciudades el gobierno era el objetivo de una lucha entre dos partidos:

El partido es menos el órgano de realización de un programa que un procedimiento de gobierno, la dicotomía partidista no sirve únicamente para expresar los conflictos, sino también para camuflarlos o neutralizarlos, y para reproducir un cierto equilibrio de fuerzas ... Fue buscando sólo en apariencia controlar partes del sistema como el patriciado consiguió aproximarse con la máxima eficacia al poder total (pp. 139-141).

El estudio del sistema se centra alrededor de la pareja de oposiciones regulación/contradicción:

Existe una contradicción entre la estrategia comercial y la estrategia que gira en torno a la tierra y al territorio del sistema ... la reproducción del patriciado es un proceso contradictorio que supone a la vez su apertura y su clausura, su fusión y su diferenciación interna, su particularización y su articulación con el resto del cuerpo urbano. En cierto modo, estas tres contradicciones de los patricios no son otra cosa que las diversas expresiones de la misma realidad contradictoria que constituye el dominio del patriciado, el hecho de que un subsistema domine un sistema (p. 173).

Sigue luego la interesante hipótesis de la «ciudad medieval como ecosistema» (pp. 190-195), que incluye dos análisis particulares: el del sistema militar urbano y el de la población urbana; la cuestión del poder hace resaltar su ejercicio colectivo y multifuncional. Finalmente, Barel caracteriza el proceso de destrucción de ese sistema como un proceso de «territorialización» que vacía la ciudad de su propia sustancia, sin amenazar, sin embargo, la existencia ni la su-

pervivencia de la clase dominante urbana, reconvertida en «burguesía feudal» y franquendo incluso el final del antiguo régimen.

Globalmente, el principal esfuerzo de reflexión de Yves Barel gira en torno a la articulación de las tres nociones de grupo social, estructura social y sistema social, en un intento de mostrar cómo los componentes y la organización de la noción de sistema permiten considerar los vínculos entre estructura y estrategia, Barel intenta precisar los caracteres constitutivos de ese objeto «sistema», o «causalidad sistemática»; según él, su carácter esencial es la «multifuncionalidad social o la proliferación institucional ... gracias a la fusión de varios elementos en un dispositivo integrado» (p. 523). Esa «multifuncionalidad» o «redundancia» equivale a un enorme excedente que hace muy sólido al sistema, casi capaz, en caso de catástrofe, de constituirse de nuevo con sólo algunos de sus elementos. Como subyacentes en la reflexión, aparecen pues las nociones de diferenciación y de autonomía, que acaban marcando sus límites al no estruñar Barel el marco en el interior del cual las ciudades forman un subsistema. Las riquezas potenciales de la noción de «sistema» aparecen, pues, escandalosamente evidentes.

PERRY ANDERSON

La obra de Perry Anderson es todavía más singular que la de Barel. Anderson, interesado por cuestiones de política y de teoría marxista, no es historiador, lo que no le ha impedido proponer una historia de Europa, de Grecia en el siglo XVIII, de la que surge una racionalidad general (*Transiciones de la Antigüedad al feudalismo*, 1974, trad. fr., 1977; *El estado absolutista*, 1976; trad. fr., 1978). El resultado recuerda las *Leçons sur l'histoire de la civilisation en Europe*, de Guizot, lo que no es precisamente un cumplido pequeño. Una idea preside ese trabajo enorme y simple a la vez: la exploración de la racionalidad de la historia no puede hacerse ni a nivel puramente formal y conceptual, ni a nivel del análisis de detalle. Perry Anderson hace notar, muy justamente, que la desconexión real entre teóricos e historiadores marxistas ha sido tan perniciosa para unos como para los otros; en esas condiciones todo el problema radica en determinar el nivel, o el marco, apropiado. Haber escogido Europa

me parece un acierto, pero el método justificatorio adoptado por Anderson no deja de presentar inconvenientes: intenta mostrar las zonas donde existía una organización económica y social claramente diferenciada y, en consecuencia, tras ellas era necesario situar la frontera (la estepa asiática, Bizancio y el Islam). Sin duda le habría resultado mucho más fructífero investigar las razones de la profunda unidad europea, ya que de ese modo quizás habría podido adoptar la noción de sistema. En el fondo, la obra de Yves Barel aparece como antitética y complementaria del trabajo de Anderson: Barel busca la dinámica de microsistemas, mientras que Anderson esboza la evolución de un conjunto globalizante, pero apenas estructurado.

El riesgo inherente a semejante empeño es evidente, ya que el trabajar de tercera mano seleccionando autores «respetables» no evita caer en terribles confusiones: todo el mundo sabe que los medios académicos considerarían respetables a autores que no lo son demasiado. Si ya es discutible que Anderson se funde en Dopsch, Hintze, Bloch, Postan, incluso Bourtruche, el hecho de que adopte fríamente conclusiones de Lot, Petit-Dutaillis, Halphen, Ganshof o Génicot le llevará directamente a contrasentidos y contradicciones flagrantes: en historia no hay conceptos neutros y cuando, por ejemplo, Anderson habla de «definiciones jurídicas de la servidumbre» (*Transiciones*, ed. fr., p. 159), de «conflictos institucionales» o de «leyes tradicionales» (*ibid.*, p. 165), se está metiendo en callejones sin salida.

Hay tres observaciones generales de Perry Anderson que creo deben ser subrayadas, observaciones a propósito de las cuales él mismo ha hecho ya notar muy explícitamente la existencia de una laguna «en el marco del materialismo histórico». La primera concierne a la Iglesia (véase, por ejemplo, *ibid.*, pp. 141-149), la única institución estable durante todo el período, y sin competencia por lo que respecta a la gama de posibilidades y de campos de acción. A propósito del monaquismo, Anderson recuerda el papel mantenido en la alta Edad Media en relación con el trabajo y la desanimitación de la naturaleza, elementos que aparecen como indispensables condiciones previas (por más que del todo carentes de intencionalidad) al fin de la esclavitud. La segunda observación concierne al papel de la guerra (sobre todo: *El estado absolutista*, ed. fr., I, pp. 32-34). En un sistema donde producción agrícola y comercio eran universalmente considerados estables o poco modificables, «la guerra era

probablemente el medio más racional y más rápido de que una clase dominante haya dispuesto para que creciera la extracción de los excedentes ... La nobleza era una clase terrateniente cuya profesión consistía en hacer la guerra: su vocación social no era una extracción externa, sino una función intrínseca de su posición económica» (página 32). A partir del momento en que el estado moderno se constituyó en instrumento necesario de la reproducción ampliada de la clase feudal, sus funciones estaban predeterminadas; ello explica la guerra y los impuestos, el mercantilismo, la diplomacia; desde el momento en que ese instrumento funcionó en la Europa occidental, los sistemas feudales de la Europa oriental, si bien en una situación económica y social distinta, debieron proveerse de él (Prusia) o desparecer (Polonia). La tercera observación, desarrollada principalmente en la conclusión general, es la absoluta imposibilidad de separar un «nivel económico» de un «nivel superestructural» de manera general en las formaciones precapitalistas y particularmente en el feudalismo europeo:

Todos los modos de producción en las sociedades anteriores al capitalismo recurrieron a la coerción extraeconómica para obtener de los productores inmediatos un plus trabajo ... es por tanto fundamentalmente imposible interpretarlos a partir de simples relaciones económicas ... las superestructuras de parentesco, de religión, de derecho o estatales entran necesariamente en la estructura constitutiva del modo de producción. Intervienen directamente en la red interna de extracción de los excedentes (*El estado absolutista*, ed. fr., II, p. 230).

Como se verá, es la misma conclusión a que llega Maurice Godelier a partir de una reflexión sobre la antropología económica. Me parece en efecto una observación fundamental, pero más que como conclusión estoy tentado de verla como punto de partida: todo el problema está en saber cuál es exactamente la naturaleza de la relación social que se combina con la relación «puramente económica». Pretender simplemente, como parece hacer Anderson, que se trata del conjunto de superestructuras, no significa nada; por otra parte, utilizar términos como derecho y ley, al menos para los siglos v al xii, es un contrasentido derivado de una idea hiperjurídica, tan insostenible como el nancapitalismo de otros: y esto es lo que hace esencialmen-

te Anderson, ya que no llega a comprender ni a desmontar el marco conceptual legado por Hintze y Boutruche:

La particularidad de ese sistema [feudal] reside en el doble carácter de las relaciones que establece al unísono entre los productores inmediatos y la capa de no productores que se apropiaban de su plus trabajo, y en el seno mismo de la clase explotadora de los no productores. Ya que el feudo era en esencia el privilegio económico que se otorgaba —una tierra— a cambio de una prestación de servicio armado, el beneficiario quedaba investido de los derechos judiciales sobre los campesinos que trabajaban la tierra. Se trataba siempre, pues, de una amalgama de propiedad y de soberanía, en la cual la naturaleza parcial de una acompañaba al carácter privado de la otra: la tenencia condicional iba estructuralmente ligada a la jurisdicción individual. El debilitamiento originario de la propiedad absoluta de las tierras se complementaba así con el fraccionamiento de la autoridad pública en eslabones jerárquicos (*ibid.*, p. 235).

De ese «fraccionamiento de la soberanía» surgieron la Iglesia, las ciudades, los estados: la concepción fundamental de Guizot en el quinto ensayo sobre la historia de Francia reaparece aquí por completo (también iba en este sentido el trabajo de Müller-Mertens).

¿Cómo superar a Guizot? Anderson proporciona incidentalmente una caracterización esencial del feudalismo europeo, «ese sistema altamente integrado y extremadamente diversificado a la vez» (p. 255). Páginas antes había trazado en pocas líneas el esquema de desarrollo espacial:

El verdadero lugar de nacimiento del complejo feudal había sido la parte occidental del continente europeo, el antiguo territorio de los Carolingios. Seguidamente se fue extendiendo, de forma lenta y desigual a Inglaterra, España y Escandinavia; luego, más dificultosamente, alcanzó a Europa oriental, donde sus elementos constituyentes y sus diversas fases conocieron numerosas dilataciones y distorsiones (p. 238).

Evidentemente, podríamos añadir aquí: «y, al otro lado del Atlántico, se instaló generosamente en toda América Central y del Sur, así como en la costa este de América del Norte». De hecho, y a pesar de esos esbozos Perry Anderson no ha conseguido realmente mostrar en

qué estaba «integrado» ese sistema: por esto hallamos esas vaguedades en la cronología y, peor todavía, el fracaso relativo del desglose espacial. La oposición Este-Oeste, uno de los principales temas del trabajo, no por interesante deja de ser artificial; la simple tipología del tomo I cede el lugar, en el tomo II, a los capítulos dedicados a los estados «nacionales», lo que, más o menos, nos lleva a la misma conclusión: la tipología no conduce a nada, y la única posibilidad de que los estados absolutistas resulten interesantes es si se les relaciona con los numerosos «niveles» de la realidad, cosa que apenas hace. La tentativa de Anderson, siendo rica y muy positiva, muestra caminos a seguir más que soluciones a los problemas.

Para terminar con ese recorrido a través de los trabajos recientes y originales que contribuyen a la construcción de un esquema general del sistema feudal, sólo me queda analizar algunas obras, más o menos explícitamente marxistas, dedicadas a cuestiones más específicamente económicas como la producción y la explotación de mano de obra, el comercio y los precios. Contrariamente a lo que sucede con los estudios analizados hasta ahora, pertenecientes al marco de las escuelas historiográficas marxistas, esas obras dedican muy poco espacio al examen y a la glosa de textos «clásicos», buscando sobre todo en la combinación de la observación concreta y de la construcción teórica, una vía de progreso de los conocimientos. Así que, contrariamente en esta ocasión a los cuatro autores —repite que del todo aislados— que acaban de ser estudiados, los historiadores que siguen se mantienen en un marco estrictamente económico: sus discusiones, sus divergencias, el terreno de sus enfrentamientos, apenas desbordan los límites de una «lógica económica» necesariamente parcial y que, en ningún caso, puede justificar una pretensión de rendir cuenta de la evolución global del sistema feudal, por la razón que tan claramente ha expuesto Perry Anderson. Por tanto, esos recientes trabajos deben ser tomados como parte de dos perspectivas complementarias: de una parte hay que investigar todos los elementos positivos y originales que contienen y, de otra, evidenciar en cada caso el porqué de la limitación de sus respectivos alcances, y el cómo de sus bloqueos.

WITOLD KULA

El libro de Witold Kula *Théorie économique du système féodal. Pour un modèle de l'économie polonaise. XVI^e-XVIII^e siècles*, escrito en polaco en 1962, fue publicado en francés en 1970; su título presenta un problema, ya que mientras el subtítulo corresponde estrictamente a lo que el volumen es, el título en sí, por el cual es citado generalmente, no responde más que a imperativos comerciales. De hecho, el propósito del autor es modesto: utilizar series polacas de precios y de producción para determinar las relaciones existentes entre las distintas series y sacar algunas conclusiones de ello, acerca de la organización económica de los grandes dominios, específicamente sobre el lugar relativo del mercado y de la autocracia. «Conducir la teoría económica de un sistema dado es detallar —empíricamente— la lista más completa posible de las relaciones de dependencia que ese sistema admite y determinar los vínculos recíprocos que hacen de ese conjunto de relaciones un sistema único» (p. 140). Se podría discutir si aquí el término *modelo* no sería más conveniente que el utilizado de *teoría*, pero eso no cambiaría gran cosa el fondo de la cuestión: la definición de Witold Kula es clara, y en ese marco, obtiene resultados satisfactorios. Los datos numéricos parecen coherentes, los razonamientos estadísticos están bien argumentados, y los resultados obtenidos, tanto en la interpretación de las variaciones interanuales como en las de largo plazo, me parecen perfectamente aceptables y muy sugestivos. De año en año las buenas cosechas aumentan los ingresos de los nobles y los de los campesinos, y las malas los disminuyen: el mercado internacional atenúa considerablemente las posibilidades de variación local de los precios según el volumen de la cosecha. En esas condiciones, los señores limitan tanto como pueden la superficie cedida a los siervos y quieren obtener la mayor cantidad de trabajo por si acaso. A largo plazo los ingresos de los señores no han dejado de incrementarse (siglo XVI hasta finales del siglo XVII), mientras que la producción y la población quedaban estancadas, con lo que el conjunto de fuerzas productivas tendía a degradarse. Kula reconoce explícitamente estar en deuda con Ernest Labrousse, pero su mérito no disminuye por ello. Las reflexiones que efectúa sobre la periodización son del todo pertinentes: existe una relación intrínseca y fundamental entre las varia-

ciones a corto y a largo plazo; las cesuras, cuando las hay, son observadas empíricamente, y el desglose en períodos no es en modo alguno un instrumento convencional; del mismo modo, sus críticas referidas a monografías dispersas e incoherentes están del todo justificadas. Pero es necesario subrayar las limitaciones del trabajo: el modelo económico hace intervenir parámetros más o menos asimilados a factores institucionales (p. 141), cosa insostenible. El modelo no nos dice nada, y no puede decirnos nada, sobre las razones de la sumisión de los campesinos, ni de la fuerza de los señores, como tampoco de la incapacidad de éstos para crear un estado, ni de las devastaciones militares del país, ni siquiera del mercado de cereales en la Europa del noroeste, lo que es todavía más limitativo, ya que ese mercado interviene como tal en el modelo. Éste está estrictamente delimitado, tanto desde el punto de vista espacial como desde el punto de vista de las características de la sociedad en que se desarrolla: su validez está limitada a su marco empírico, y cualquier generalización de su alcance será arbitraria y absurda.

IMMANUEL WALLERSTEIN

El libro de Immanuel Wallerstein *The modern world-system. Capitalist agriculture and the origins of the european world-economy in the sixteenth century* (1974) tiene por objeto principal el mercado internacional. La idea fundamental de Wallerstein es que entre 1450 y 1640 (período que estudia en su obra) Europa formaba un sistema por el hecho de que todas sus partes coincidían en un mismo mercado comercial, y así las relaciones entre esas diversas partes y el dinamismo del sistema derivaban de la organización de ese mercado. Lamentablemente, Wallerstein desarrolla su tesis en el interior de un sistema conceptual y con métodos de análisis muy criticables, rozando a veces el ridículo, cosa que la debilita considerablemente, a pesar de que me parece fructífera en extremo.

Wallerstein, afirmándose explícitamente como marxista, tiene opiniones más bien extrañas sobre la noción de clase social y, por más que en algún punto se revelan como interesantes, le sirven para soslayar sin remordimiento la cuestión de la explotación y de los tipos de beneficio y ofrecer características absurdas del feudalismo y del capitalismo. En fin, da la impresión de que todas esas definiciones

han sido creadas *a posteriori* (por otra parte, el desarrollo sobre las clases figura en la conclusión, p. 351) para justificar un punto de partida injustificable: el capitalismo nació a finales del siglo xv como consecuencia del crecimiento en ese momento de un mercado internacional integrado; cosa doblemente falsa ya que, por un lado, nunca dejó de haber comerciantes y un mercado internacional (de importancia variable) desde el fin del imperio romano y, por otro lado, el capitalismo, entendido como modo de producción dominante fundado en la explotación del trabajo asalariado, apareció en la primera mitad del siglo xix. Desde luego, hay autores que, limitando su perspectiva a ciertos grupos de países, pretenden a veces hacer retroceder esa fecha de nacimiento. Hacerla retroceder hasta finales del siglo xv no tiene sentido e impide formularse claramente una cuestión tan importante como es la del lugar de comerciantes y comercio en el sistema feudal. Por suerte, en sus análisis concretos, Wallerstein muestra cómo, en todo el período y en todos los países estudiados, la aristocracia feudal era la que dominaba.

Otro defecto de la obra reside en su estricto economicismo: todo se concibe en función del mercado, como máximo, de la producción; de ellos se desprenden las estructuras y las peripecias políticas y el resto es aleatorio. Wallerstein no reconoce en la Iglesia más que una institución puramente religiosa, sin conceder a creencias ni prácticas religiosas ningún sentido intrínseco; en particular, las diferencias entre católicos y protestantes le parecen puros pretextos y las elecciones que los grupos sociales realizaron, aleatorias del todo (página 207): los habitantes de los Países Bajos eligieron al azar entre calvinismo y catolicismo; el protestantismo se desarrolló entre los grupos vinculados a la expansión capitalista «en virtud de una serie de procesos históricos intelectualmente accidentales» (p. 152). De modo más general, ni siquiera aborda la forma de las relaciones sociales (por ejemplo, la cuestión del derecho).

Cuando se trata del método de estudio, Wallerstein se preocupa esencialmente de la opinión de autores autorizados, lo que lleva a retomar un gran número de viejas discusiones estériles y a considerar como demostrada una presentación de los hechos que permite poner de acuerdo a los más opuestos autores: esta *concordantia discordantium canonum* es un juego que cansa. Por el contrario, cuando se trata del comercio y del espacio se echan en falta mapas —no hay ni uno— y razonamientos estadísticos. Creo que ésta es una muy

grave limitación del trabajo ya que, en resumidas cuentas, Wallerstein no discute realmente ni el marco conceptual de tal o cual autor, ni el análisis estadístico de tal o cual grupo de series. El esbozo general, que sigue siendo el interés central del libro, hubiese ganado con una mayor condensación.

La noción de sistema espacial no deja de ser, sin embargo, una herramienta extremadamente útil, y Wallerstein parece ser el primero en habérsela tomado en serio. Empíricamente, el proceso es sencillo: si se sitúan sobre un mapa, por un momento dado, en el interior del período considerado, diversos fenómenos económicos, sociales o políticos, se observa sin esfuerzo que no se reparten aleatoriamente, sino que siempre existe una distribución por zonas correspondiente más o menos a lo que se llama un núcleo, una semiperiferia y una periferia. Así, hacia 1680, el núcleo comprende más o menos Inglaterra, las Provincias Unidas y el norte de Francia; la periferia, el resto de las Islas Británicas, Escandinavia, Alemania, el norte de Italia, el sur de Francia y la Península Ibérica; la periferia, Europa oriental y central (no Rusia), las dos Sicilias (?) y América. Se trata por tanto de una red centrada y jerarquizada, pero en absoluto fija: ciertas regiones de Europa, periféricas en un momento, pueden pasar a ser centrales y después pasar a la semiperiferia. En ese sistema intervienen al menos dos variantes espaciales, superficie y posición relativas: cartografía y estadísticas tienen evidentemente un papel muy importante en ese tipo de investigaciones. Wallerstein se ha esforzado en relacionar en sus marcos las estructuras de producción, las redes comerciales y la organización de los estados, con la hipótesis de que las redes comerciales eran la principal variable espacial y exploraban las relaciones de los otros dos sectores (economía y política). Uno de sus logros es el análisis espacial del fracaso imperial de Carlos V (pp. 168-197), y el estudio del desarrollo francés (páginas 262-269) es igualmente sugestivo; sin embargo, el interés principal reside en la gran abundancia de observaciones de detalle y de establecimiento de relaciones que demuestran ampliamente el alcance y el valor potenciales de la idea que sustenta el libro.

ROBERT BRENNER

Esta extrema falta de consistencia de las consideraciones estadísticas (de la que no se sabe, a decir verdad, si es consecuencia de una

elección del autor o de la rareza de resultados obtenidos en ese terreno por la historiografía) se halla también en otra investigación anglosajona, que en muchos aspectos se sitúa en los antipodas de Wallerstein: «Agrarian class structure and economic development in pre-industrial Europe», artículo publicado en 1976 por Robert Brenner (*Past and Present*, n.º 70, 1976, pp. 30-75), que, a pesar del reducido número de páginas, reúne al menos tanto material como todo el libro de Wallerstein. Para Robert Brenner, lo que determina la forma según la cual las modificaciones demográficas o comerciales afectan a las variaciones, a largo término, de la distribución de los ingresos y el desarrollo económico, es la estructura de las relaciones de clases, del poder de clase, y no a la inversa. Una vez expuesta su tesis, Brenner entiende, de una parte, la crítica de las «ortodoxias» demográficas o comercialistas, y, de otra, el examen de gran número de ejemplos que apoyarán su tesis. El aspecto crítico es del todo pertinente, en la medida en que muestra claramente que las «explicaciones» demográficas o comercialistas, incluso cuando parecen contradecirse se refuerzan de hecho mutuamente, y reposan ambas sobre la demasiado famosa ley de la oferta y la demanda, lo que Pierre Vilar denomina juiciosamente el «modelo *perroquet*». Por otra parte, quienes sostienen esas explicaciones están con frecuencia obligados a hacer equilibrios:

Explicar la «rigidez» económica, como lo hace Le Roy Ladurie, en tanto que «fruto» del estancamiento técnico, de la falta de capital y de la ausencia de «espíritu de empresa y de innovación» no es más que una aserción. Significa lo mismo que querer explicar el crecimiento económico simplemente como resultado de la introducción de nuevas organizaciones de producción, de nuevas técnicas y de nuevos niveles de inversión. Esos factores, evidentemente, no explican el desarrollo económico, simplemente describen qué es el desarrollo económico (p. 36).

La distinción entre descripción y explicación es fundamental en la medida en que, además, es generalmente rechazada por los historiadores. Brenner, por otra parte, va más allá y muestra con ejemplos de qué modo evoluciones comerciales y demográficas análogas conllevan resultados inversos y, recíprocamente, de qué modo la servidumbre no se identifica con la renta en trabajo, sino con lo arbitrario, con

la posibilidad por parte del señor de determinar él mismo el nivel de la renta.

La parte de construcción es igualmente interesante, aunque menos sólida; se trata más bien de una serie de pistas, de observaciones y de directrices de investigación. Por más que sea algo establecido que la relación de fuerza entre señor y campesino es un fenómeno notorio que sería absurdo ignorar, no menos absurdo sería querer hacer de ella otro *primus movens*. Es cierto que Brenner tiene razón al elegir como marco de observación el conjunto de Europa, pero no dice por qué y tampoco se pregunta si existe una lógica espacial que agrupe los ejemplos que estudia; sabe mal que no se estudie el papel de los intercambios o de los conflictos entre regiones y entidades territoriales. Y tampoco se puede reducir toda la dinámica a la de una *agrarian class structure* reducida arbitrariamente a una oposición entre señores y agricultores.

PIERRE DOCKÈS

El libro de Pierre Dockès *La libération médiévale* (1979) es un poco el complemento del trabajo de Brenner: mientras éste se interesa por el período entre el siglo XII y el siglo XVIII, Dockès se ocupa del primer milenio, desarrollando la misma tesis: toda evolución resulta de la lucha de clases. El autor nos presenta la evolución aproximadamente como sigue: el esclavismo en los grandes dominios nació al final de la república; provocó una grave crisis que condujo a la creación del imperio y a la reorganización de los grandes dominios, al acuartelamiento de los esclavos (*chiorume*). Sin embargo, la lógica misma del funcionamiento de los grandes dominios debilitó a los pequeños agricultores y al estado imperial, que se hundió a finales del siglo III; el mantenimiento del régimen cuartelario para los esclavos y la oposición violenta y concentrada que generaba entre éstos y los amos ya no era viable, y por este motivo tuvo lugar un proceso por el que se fue dotando de tierras a los esclavos (*casements*); el estado consiguió afanzarse con Diocleciano pero, las mismas causas produjeron idénticos efectos, y volvió a hundirse; el segundo afanzamiento se produjo con la monarquía merovingia; otro hundimiento y gran tentativa carolingia; nuevo y definitivo hundimiento. En total, pues, el paso fundamental de la mano de obra esclava a un campesinado

adscrito a la tierra va directamente ligado a la capacidad de coerción más o menos grande de los terratenientes, capacidad que es en sí misma función de la aptitud de esos propietarios para mantener una organización de estado suficiente.

El interés principal de ese esquema radica en el hecho de llamar la atención sobre la cuestión de la esclavitud, y subrayar que la explotación de los esclavos siempre se ha fundado en la violencia, y en que el análisis de las transformaciones del modo de explotación de la mano de obra no puede descuidar ese aspecto sin caer en el absurdo. A este respecto, son particularmente interesantes los capítulos 2 y 3. En el capítulo 2 Dockès desarrolla con bastante buen sentido la idea según la cual la servidumbre habría dejado de ser rentable, o que la adscripción habría mejorado la productividad. En el capítulo 3 ataca con acritud a Charles Parain y a lo que él llama el «encasillado estaliniano» (p. 194); por un lado, consigue mostrar sin demasiado esfuerzo lo insuficiente, y a veces contradictorio, que puede resultar un análisis fundado esencialmente en el estudio de las fuerzas productivas y en entidades más bien nebulosas: «procuraremos no exagerar en exceso el papel de las "comunidades campesinas"» (página 215). En contrapartida, en un intento de precisar su propia postura, llega a afirmaciones ridículas: «la penetración, a menudo pacífica, a menudo suscitada por Roma, de tribus agotadas, vencidas, que se sorprendían al comprobar que los defensores del imperio ya no existían» (p. 197); así también cuando afirma que la esclavitud no se oponía al progreso técnico, o que la disminución de la población culminó en los siglos VII-VIII (cosa que costaría probar y que numerosas investigaciones recientes contradicen formalmente).

Incluso sin ser especialista en ese período, tengo la clara impresión de que la información de Pierre Dockès deja bastante que desear. Lo esencial de sus ejemplos se refiere a Italia, al sur de Francia y a España; no hace ni una simple alusión al papel eventual de las transformaciones comerciales, lo que, tratando sobre todo de regiones mediterráneas, es una curiosa laguna. Sin embargo, cabe valorar positivamente dos observaciones importantes de Dockès; una de alcance general: «Desde que existen relaciones de producción y de explotación, existen clases antagonistas ... Son pues las relaciones de producción las que crean las [dos] clases antagonistas. Puesto que hay antagonismo, la clase y la lucha de clases son inseparables» (páginas 24-25). Es algo simple, pero demasiado a menudo olvidado.

Por otra parte, al tratar de caracterizar el modo de producción feudal, Dockès muestra claramente la necesidad de distinguir fundamentalmente dos épocas sucesivas:

¿A partir de cuándo se puede comenzar a caracterizar una formación social por el concepto de modo de producción feudal? Si éste es definido por la relación de producción que para simplificar conocemos como servidumbre, parece que lo esencial ha sido ya dicho en la Edad Media, preexistiendo en el bajo imperio con el colonato. Si por el contrario el acento debiera ponerse sobre el conjunto del sistema feudal con su jerarquía de personas, su desmantelamiento de la noción romana de propiedad de las tierras en derechos sucesivos desde el campesino hasta el rey, su régimen político, su ideología religiosa ... hay que situarse después del siglo XI, casi a finales del siglo XIII y durante las crisis del siglo XIV. El problema es que la servidumbre ya no existe como relación de producción dominante en el momento en que el feudalismo se afirma a nivel de superestructura (pp. 187-188).

De ahí la proposición de distinguir dos modos de producción feudales sucesivos. Además, tratándose del primero, Dockès muestra bien la especie de cíclica sucesión de hundimientos y de restauraciones que hay que poner en relación con las formas dominantes de explotación de la mano de obra.

Esa tentativa de Dockès, como la de Brenner, no deja de ser muy limitada en sus resultados, por el hecho de atincharse en un marco político próximo al de Guizot y, en cierta medida, al de Hegel, en el que aparece claramente la «liberación» con el retorno a un ideal primitivo («Espartaco y sus camaradas nacidos libres y para quienes el recuerdo de aquel tiempo alimentaba la esperanza y el coraje», página 258). No es por tanto una cuestión de azar si el concepto de «estado» le crea problemas (según sus necesidades, Dockès traduce *polis* por estado, por ciudad, por nación, pp. 46, 276); y es que, a pesar de las afirmaciones de Dockès, no hay nada en su demostración que explique por qué la lógica propia del gran dominio esclavista conduce a la desaparición de los pequeños agricultores y, a la larga, a la del estado. Las observaciones de Finley (sobre el papel de la lucha entre grandes y pequeños propietarios, pp. 250-254) salen irremediablemente de la crítica de Dockès e incluso se puede aportar a Finley un argumento suplementario para mostrar que en la alta Edad Media

se formó «un abanico de *status* más amplio»: la desaparición del estado en tanto que soporte del derecho ha hecho perder cualquier rigor a la oposición abstracta libre / esclavo, y ha permitido en consecuencia la aparición de un gran número de situaciones *de facto* intermedias.

En definitiva, aparte de que Dockès no se preocupe en absoluto de la más mínima lógica espacial («por todas partes en Occidente ...», página 256), no se puede ver claramente en qué medida asimila, o diferencia, a Diocleciano, Clodoveo y Carlomagno: ¿por qué esa serie? ¿Por qué se acabó aquí?

Guy Bois

La investigación de Guy Bois en su hermoso libro *Crise du féodalisme. Économie rurale et démographie en Normandie orientale du début du XIV^e siècle au milieu du XVII^e siècle* (1976) se sitúa en los antipodas de esa concentración de la atención sobre un factor abstractamente aislado. El propósito de Guy Bois es relativamente simple. Al limitar su investigación a las fuentes concernientes a las tierras de cultivo de la Normandía oriental entre 1330 y 1560 aproximadamente, empieza por trazar el cuadro de la evolución de la población, de la producción, de los precios y de los salarios; analiza luego cuidadosamente la constitución y la evolución de las explotaciones campesinas y señoriales; por fin, ordena cronológicamente todos esos datos y los combina con otros, consiguiendo una dinámica de conjunto y un modelo económico de la sociedad rural.

En muchos aspectos, ese libro es parecido al de Witold Kula antes analizado: elección de una zona y de una época, construcción de un modelo económico. Naturalmente, se trata de un proceso que impide *a priori* cualquier generalización (contrariamente a lo que parece hacer Bois, p. 355); las divergencias entre los resultados de Bois y los de Kula no tienen nada de sorprendente ni de contradictorio. La principal conclusión de Bois es «el descenso de la tasa de exacción como resultado de la gran contradicción entre la apropiación señorial de los bienes de producción y el carácter individual de la producción» (página 361). Esa afirmación exige numerosas observaciones. Empezaré por las más concretas. La cuestión del precio y de los salarios obliga a estudiar su formación: *adónde, cuándo, por quién, en qué condi-*

ciones? Hay que preguntarse asimismo qué proporciones de la mano de obra y de la producción se sometieron a ella. Es evidente que no podemos contentarnos con estudiar las variaciones a largo plazo: las variaciones de temporada, y, todavía más, las variaciones interanuales, poseen una importancia decisiva en muchos aspectos; en particular, el estudio de las correlaciones de las diversas series debe hacerse primero y ante todo en un marco (cosa que Kula ha hecho). Lo que desde luego no está claro en esas cuestiones es el problema de los intercambios y del comercio, que Bois descuida del todo: ni siquiera sus contornos han sido precisados. El asunto de los precios se relaciona directamente con el de la eficacia relativa de la pequeña y de la gran explotación, que Bois zanja decididamente a favor de la pequeña, ya que está claro que el problema va ligado al de la cantidad de mano de obra suplementaria disponible y a la manera de remunerarla, desempeñando aquí también un papel importante la cuestión de las técnicas. La superioridad de la pequeña explotación *hic et nunc* es plausible, pero no está demostrada. Además, confieso que no veo muy claramente en el modelo propuesto por Bois (pp. 357-358) las razones que, en fase de crecimiento, conducen necesariamente a un descenso de las tasas de exacción y a una «acumulación feudal», cosa que no se llega a explicar en qué consiste, a no ser que se trate de una mayor adaptación a los mecanismos del mercado, lo cual nos devuelve al punto antes evocado: todo modelo de feudalismo que pretenda ser global, incluso a escala regional, debe incluir explícitamente los procesos de circulación. En conjunto, Guy Bois tiene toda la razón en haber «recurrido a la noción de sistema» (p. 351). Pero, si bien es cierto que «la racionalidad del funcionamiento de la economía medieval había constituido la hipótesis de partida», es necesario interrogarse sobre el carácter de esa «racionalidad». Guy Bois se hace otra pregunta: «¿Cómo admitir que en una sociedad de la cual, no sin razón, nos dedicamos a subrayar la compartimentación, la economía esté aquejada por el mismo hecho? Solamente hay una respuesta para ello: la existencia de mecanismos reguladores que desarrollan, en distintos puntos los mismos efectos» (*ibidem*). Pues no. Existen otras respuestas. Sería necesario dejar de interrogarse sobre parecidos o diferencias de las distintas regiones en términos de comparación abstracta para razonar en términos de sistema geográfico, e integrar normalmente al concepto de modo de producción «niveles» comerciales,

de resultar estéril, sí, al menos, de tener un alcance muy limitado. Tal como está presentado, el modelo de Bois, como el de Kula, no pasa de ser descriptivo.

LUDOLF KUCHENBUCH

El libro de Ludolf Kuchenbuch *Feudalismus. Materialien zur Theorie und Geschichte* (780 pp., 1977) constituye una tentativa original y muy destacable de reflexión metódica sobre los marcos de análisis, observados desde una perspectiva a la vez histórica y teórica, y sobre aspectos que podemos considerar como establecidos o que, al contrario, siguen estando en discusión. Tal voluminoso *dossier*, puesto cómodamente a disposición del lector, está cuidadosamente comentado e integrado en una reflexión sintética: sería deseable que se tradujera del alemán, en la medida, profundamente lamentable, casi escandalosa, en que un gran número de medievalistas son incapaces de leer esa lengua (¿por qué no se introduce obligatoriamente un examen de alemán al final de la carrera?). Ludolf Kuchenbuch y Bernard Michael proponen al finalizar su obra ellos mismos su propia síntesis, que se presenta extremadamente concentrada. Me limitaré a subrayar algunos temas y ciertas articulaciones que me parecen esenciales. La primera observación de los autores es la existencia de un triple déficit: déficit teórico (dificultades persistentes en la organización de las categorías del modo de producción y de la formación social); déficit ideológico-crítico (insuficiencia en el ensamblaje de los marcos utilizados por los diversos autores y de los juicios de valor implícitos); déficit empírico (lagunas considerables en el simple conocimiento factual de numerosas relaciones sociales, conocimiento que será imprescindible para una correcta teorización). El problema, evocado a continuación, de los límites espaciotemporales lleva evidentemente a los de la lógica espacial y la dinámica global del sistema: Kuchenbuch y Michael estiman que la cuestión decisiva y principal es la de la estructura del modo de producción.

El concepto de «estructura» del modo de producción feudal incluye el problema fundamental de la exposición. La cuestión es: ¿en qué orden deben aparecer en el curso de la exposición los elementos característicos de la estructura? Si...

necer en un nivel descriptivo, sino que se pretende acceder al análisis científico de la lógica interna del modo de producción feudal, no es posible soslayar esa pregunta. En la medida en que se la evita, o en que se responde erróneamente a ella, se corta la posibilidad de explicar la traducción concreta de la estructura, o su desarrollo, a partir de su organización interna abstracta. Se hace entonces necesario reunir modelos de explicación y normas de valores exteriores: el relativismo de una relación historicista con el objeto comienza a penetrar el análisis y los conceptos cambian de función. En lugar de ser objetos de análisis, se convierten en herramientas de análisis, que pueden ser abandonadas una vez utilizadas; el historiador involucrado se dedica al mismo objeto con «nuevos» instrumentos conceptuales y el trabajo de investigación toma el camino de un proceso infinito de reinterpretaciones (página 698).

Esa observación, ligada en parte a las discusiones alemanas sobre el historicismo, reviste de hecho un carácter extremadamente general y presenta, bajo un ángulo más abstracto y teórico, diversos puntos de vista recogidos por otros autores: la aproximación científica a la realidad social no puede ser más que una aproximación sistemática, con ayuda de conceptos no predefinidos; el trabajo de investigación consiste precisamente en un ir y venir permanente entre la construcción conceptual y la observación de la documentación.

El primer punto de la síntesis es el carácter central de la explotación campesina individual, la cual, a su vez, descansa en un inestable equilibrio de cosechas y pastoreo: su finalidad es siempre la reproducción simple; pero no deja de estar vinculada, en proporciones muy variadas, a un proceso de intercambio y de circulación.

En segundo lugar, la estructura de apropiación del excedente es siempre visible: parte del trabajo o parte del producto; esa estructura supone un medio de apropiación doble: el señor domina a la vez sobre los bienes y sobre las personas. El carácter muy dividido de la organización de la producción (explotaciones individuales) permite la parcelación y la jerarquización de las relaciones de apropiación, tan eventualmente como su concentración, su gran diversificación. La reciprocidad es la ideología fundamental existente en la base de esas relaciones: «el señor protege, el campesino ayuda» (p. 716). La pluralidad de fuentes de renta puede originar grandes tensiones entre

El comercio y las ciudades deben su existencia al excedente agrícola: al dar lugar al carácter parcelado de la producción y de la apropiación a una gran cantidad de vendedores, los compradores pueden acceder a una situación de autonomía económica y política; sin embargo, las ciudades eran también objeto de apropiación:

Esa doble posición, como *sujeito* de las funciones económicas y políticas, y al mismo tiempo *objeto* de apropiación secundaria, determina la forma y el rol específicos de la ciudad en el interior del modo de producción feudal en la Europa preindustrial. Esas dos funciones poseen efectos retroactivos particulares: su autonomía parcial («libertad») hace de la ciudad un polo de atracción de «reservas» de población rural, pero al mismo tiempo la ciudad se esfuerza en regular en provecho propio la división del trabajo y la circulación de las mercancías entre ella y el campo, sin por otra parte poder generalmente independizarse de la productividad del trabajo agrícola, es decir, de la masa del excedente rural. Por un lado, puede «dictar» las condiciones del intercambio a la nobleza que responde a su oferta de mercancías, pero al mismo tiempo debe, para ese intercambio desigual, pagar un arancel material (elevado) y estar siempre a merced de ser expropiada por la violencia (bandillaje, guerra), económica y políticamente, en formas y proporciones diversas (p. 719).

Las oportunidades de beneficio comercial crecen en función de lo lejano del tráfico, y en particular al unir el centro del sistema a su periferia.

La estructura social feudal no puede ser analizada únicamente en base a los procesos de producción, de apropiación y de intercambio. La existencia de una «opresión extraeconómica» obliga a fundar la diferenciación social *tanto* económicamente *como* políticamente, por más que aparezca siempre bajo forma de categorías *jurídicas* (p. 731). La organización de la nobleza enfrenta los vínculos de parentesco con los vínculos feudovasalícos; pone en juego sobre todo la división entre clérigos y laicos:

Esa estructura [de la nobleza] se vuelve aun más compleja por el hecho de que fuerzas de legitimación sobrenaturales (mágico-religiosas) y naturales (político-sociales) reproducen el corte vertical de la nobleza (corte cuyos rasgos fundamentales son una herencia histórica: separación entre el «estado» laico y el «estado» clerical [*ordines: bellatores y oratores*]). Este último está supe-

mentariamente dividido entre *intermediarios* de la salvación eterna, especializados en la función carismática, o sacerdotes (hierocracia, del papa al cura) y *postulantes* de la salvación, formados en una «religiosidad virtuosa» (Max Weber), es decir, las órdenes monásticas, con sus formas de organización marcadamente diferenciadas. Estos dos estados forman conjuntamente un «esquema de dotación y de desposesión alternadas» (Rodney Hilton), que estructura la forma específica de la concurrencia feudal por las rentas globales, por la repartición del poder (y por tanto las «coyunturas» de política, guerra y paz) y por la legitimidad. Lo propio de esa estructura de conflicto reside en el crecimiento o la reducción de competencias en casi todos los terrenos de la repartición de los ingresos y de los medios de coerción, de sanción y de legitimación (páginas 736-737).

En definitiva, el estudio de la dinámica del sistema consiste esencialmente en una reflexión sobre las relaciones entre las variaciones interanuales («crisis de tipo antiguo») y las curvas de variación a largo plazo.

Es el primer ensayo, y el único que conozco, que se esfuerza, firmemente y sin concesiones, por construir un esquema global abstracto integrando las tres perspectivas anteriormente descritas y que podemos resumir así: producción, comercio, luchas sociales. Es en muchos aspectos más rico y coherente que el gran fresco de Perry Anderson, a pesar de que éste contiene ciertos desarrollos quizá más pertinentes. No obstante, creo que la síntesis de Kuchenbuch y Michael ofrece varios puntos flacos. El ecosistema está concebido como un dato local o anual, cuando habría que comprenderlo como sistema más global, a escala europea, con parámetros estadísticos fijos de variaciones interanuales. El hecho de considerar a la Iglesia simplemente como una fracción de la nobleza roza el error, ya que, si bien sociológicamente es así, no lo es en el plano de la estructuración general del sistema; en cualquier caso existe una completa disimetría entre Iglesia y nobleza laica, contrariamente a lo que dejan entender Kuchenbuch y Michael. Algo que es más grave aun: considerar que el análisis general (el modo de exposición) puede partir de la explotación campesina me parece falso; en términos abstractos, diría que hay ahí una confusión entre proceso de trabajo y proceso de producción (lo que explica las inadmisibles concesiones a la seudoteoría de la «economía campesina» de Chaiánov y a su entidad metafísica del «campesino» abstracto). Por mi parte, me parecería más razonable

partir de la *villa* y/o del señorío: la distinción entre estructura de producción y estructura de apropiación no me parece fundamentada, al menos en una primera aproximación como ésta. Semejante distinción hace que un fenómeno como el de la explotación de una reserva por las corveas de los arrendatarios aparezca como secundario, lo cual rechazo de plano. Esa separación producción/apropiación va estrechamente ligada a la distinción estructura/dinámica, del todo arbitraria en la forma presentada por Kuchenbuch y Michael. El muy breve desarrollo final, titulado «dinámica» (siete páginas de las cincuenta y cinco que abarca el texto), está únicamente dedicado a una conceptualización de los sistemas agrarios; no hay nada que concierne a un verdadero movimiento de conjunto del sistema: esa incapacidad me parece la inevitable consecuencia de la separación antes reseñada, que corresponde a una concepción mucho más estrecha y economicista de las «relaciones de producción». Kuchenbuch y Michael destacan justamente que el estudio del modo de producción feudal ha de comportar una identificación de la excesivamente famosa «opresión extraeconómica», la cual no puede ser reducida a la violencia física; cierto, pero no resulta mucho más eficaz introducir «distinciones jurídico-políticas» como las de «estado» u «órdenes» (Stände), porque, de esa manera, no se hace más que acumular los inconvenientes del economista y los del jurista. Reconozco perfectamente que la noción de clase es poco operativa para el modo de producción feudal, pero no existe razón aparente para abandonarla sin antes haberla reemplazado por un concepto más apropiado, del mismo modo que no hay razón para desbarazarse de la correspondencia entre fuerzas productivas y relaciones de producción antes de haber construido efectivamente un esquema de la dinámica del sistema.

El esfuerzo de síntesis y de teorización de Kuchenbuch y Michael no deja de ser por ello muy meritorio; marca un progreso decisivo en el camino de la elaboración gradual de un esquema racional del feudalismo; ofrece en cualquier caso la ventaja de permitir comprender claramente lo que, a mi entender, constituye hoy los dos principales problemas en ese camino: por una parte, la pertinaz dificultad que los historiadores experimentan para pensar sistemáticamente en términos de sistema; por otra, la ineptitud general por identificar la «opresión extraeconómica» y proponer un método que realmente permita escapar del economicismo que, por la existencia de ese obstáculo, sigue estando vivo bajo sus diversas formas.